

POR UNA IGLESIA PUEBLO DE DIOS EN LA NARRATIVA DE VICENTE LEÑERO

by

DAVID ROMÁN-PORCAYO

Under the Direction of Professor José Luis Gómez-Martínez

ABSTRACT

Leñero's literary work goes through a process of growth and maturity as he lives his own experience intertwined with his country's history. His realist novels highlight the social marginalization of certain social sectors and the human decadence to which poverty drives them. As modernization expands, Leñero sees a growing gap among the social classes. An institutionalized violence finds its way through the new ruling class and the ecclesiastical hierarchy. Through his literary work, the author reveals the nature of oppression and its consequences that may turn human beings into oppressors and create a cycle that perpetuates inequality and mutual domination. The novels and short stories of Leñero, in conjunction with *Documentos de Medellín* and Gustavo Gutiérrez, propose a social commitment to create social awareness and eradicate violence. He sees the need for the church to undertake a new position based on the unmistakably changing times and needs of its people.

INDEX WORDS: Vicente Leñero, Liberation Theology, Mexican Literature, fiction.

POR UNA IGLESIA PUEBLO DE DIOS EN LA NARRATIVA DE VICENTE LEÑERO

by

DAVID ROMÁN-PORCAYO

B. A., Normal Superior Particular del Edo. De Morelos, México, 1990

A Thesis Submitted to the Graduate Faculty of The University of Georgia in Partial Fulfillment
of the Requirements for the Degree

MASTER OF ARTS

ATHENS, GEORGIA

2005

© 2005
David Román-Porcayo
All Rights Reserved

POR UNA IGLESIA PUEBLO DE DIOS EN LA NARRATIVA DE VICENTE LEÑERO

By

DAVID ROMÁN-PORCAYO

Major Profesor: José Luis Gómez-Martínez

Commite: Stacey Casado
Dana Bultman

Electronic Version Approved

Maureen Grasso
Dean of the Graduate School
The University of Georgia
August 2005

TABLE OF CONTENTS

	Page
CAPÍTULO	
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1: LA SITUACIÓN NACIONAL EN LA NARRATIVA DE VICENTE LEÑERO.	15
CAPÍTULO 2: LA NARRATIVA DE VICENTE LEÑERO, DOCUMENTOS FINALES DE MEDELLÍN Y LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN.	38
CONCLUSIÓN: POR UNA IGLESIA PUEBLO DE DIOS EN LA NARRATIVA DE VICENTE LEÑERO.....	68
BIBLIOGRAFÍA	73

INTRODUCCIÓN

Vicente Leñero nació en Guadalajara, Jalisco, México en 1933. Período de reconstrucción nacional y de definición económica y en el medio de la trifulca religiosa que la operación anticlerical callista había iniciado, su nacimiento coincide con la bifurcación y la definición del rumbo socio-económico que las clases dirigentes adoptan. En este trascendente período se hace imprescindible plantear el rumbo de las fuerzas que emergen de una época en conflicto. Fuerzas sociales cuyo origen se determina en el siglo XIX vuelven a encontrarse en una nueva disyuntiva en el siglo XX.

Aunque empieza a surgir un pensamiento pluralista se impone una ideología y una política con resabios coloniales; una corriente de pensamiento que se escurre y tiñe los poderes sigue, como lo veremos más adelante, permeando la nueva sociedad surgida del conflicto de clases de 1910. En la esfera del pensamiento y en este contexto conflictivo de la primera parte del siglo XX, Leopoldo Zea en su *América como conciencia*, resume, entre otros temas, las tendencias del pensamiento iberoamericano hasta sus días, al mismo tiempo que plantea la necesidad y las posibilidades de una filosofía americana. En su reflexión filosófica, primero sostiene la premisa general, que también es su punto de partida: “los filósofos de todos los tiempos se han empeñado en dar soluciones a los problemas que su mundo les fue planteando” (I. 3). Y el siglo XX planteaba añejos problemas en nuevos moldes. Sin duda, la interpretación de la historia que propone Zea, responde a mecanismos subjetivos que se conforman a través de la problemática del presente pero los hechos son objetivos y se desprenden de una realidad económica y política. Una práctica de pensadores conduce a interpretar los hechos de acuerdo a

sus propias circunstancias e intereses; asimismo al interpretar el mundo, las nuevas clases sociales emergentes de la Revolución Mexicana, respaldan sus políticas, y con ello los resultados del rumbo económico en que la población conforma sus varias realidades. Estas realidades se formulan, se teorizan y se problematizan mediante el pensamiento, con frecuencia expresado a través de obras literarias, que alumbró el camino del desarrollo. Entre senderos laderosos y con despeñaderos, se van forjando nuevas realidades desde la ocupación colonial, pasando por el ciclo de independencia de la corona española y las intervenciones extranjeras de siglo XIX. A la par con la integración del país a la globalizada modernidad del siglo XX, la trascendencia literaria está también en su modernidad, en su actualidad, en su renuncia a los moldes narrativos del realismo y el naturalismo decimonónicos. Asimismo los filósofos modernos buscaban dar respuestas a los desafíos que la revolución nacional había creado; circunstancias nuevas con lastres coloniales y el reajuste de fuerzas mundiales demandaban repensar el proyecto iberoamericano. Leopoldo Zea percibe esta imperiosa necesidad, por ello, en *América como conciencia*, asegura que se van creando las posibilidades de una filosofía americana; sin embargo, sugiere que hay dos corrientes de pensamiento: una “fiel, seguidora de la gran tradición filosófica occidental” (I, 1), y otra catalogada de historicista, “patente en varias obras y publicaciones de carácter filosófico, [la cual] es visto como una peligrosa desviación del camino que, se considera, conduce a un auténtico filosofar” (I, 1).

En el momento crucial de la definición del rumbo del país, acorde a las circunstancias del siglo XX, Leopoldo Zea da lugar a repensar el pasado para atreverse a pensar el rumbo iberoamericano: a través de América pensar el mundo. Afirma en los siguientes enunciados que la filosofía es

tarea de tipo universal y no simplemente americano, tendrá que ser el supremo afán de nuestra posible filosofía [la cual] no deberá limitarse a los problemas propiamente americanos, a los de su circunstancia, sino a los de esta circunstancia más amplia, en la cual estamos insertos como hombres que somos, la llamada humanidad. (I, 2)

Ya Leopoldo Zea había concluido que “el hombre americano [...] había vivido a la sombra y de la sombra de la cultura europea” (II, 1). El mismo Leopoldo Zea percibió que la era posrevolucionaria era un momento propicio para redefinir el mundo anteponiendo una cultura propia a la cultura europea. Pero al investigar cómo “el americano [...] ha tenido que resolver los problemas de su circunstancia” [...], descubre Zea que: “una de las formas de resolver los problemas de su circunstancia ha sido la adopción de las soluciones que para resolver los problemas semejantes ha utilizado el hombre de Europa” (II, 2). Por ello, se hacía imperante el tratamiento del asunto, buscando soluciones propias a los problemas que se le planteaban.

Entre otros campos y pensadores de otras latitudes y altitudes, las palabras de Zea se hacen eco en la Iglesia iberoamericana posconciliar. En la Segunda Conferencia Episcopal celebrada en Medellín, Colombia, en 1968, se reconocen los signos de los tiempos en el siguiente párrafo de su “Mensaje a los pueblos de América Latina”:

América Latina parece que vive aún bajo el signo trágico del subdesarrollo, que no sólo aparta a nuestros hermanos del goce de los bienes materiales, sino de su misma realización humana. Pese a los esfuerzos que se efectúan, se conjugan el hambre y la miseria, las enfermedades de tipo masivo y la mortalidad infantil, el analfabetismo y la marginalidad, profundas desigualdades en los ingresos y tensiones entre las clases sociales, brotes de violencia y escasa participación del pueblo en la gestión del bien común.

En el “Mensaje a los pueblos de América Latina” los *Documentos Finales de Medellín* reconoce que “la Iglesia, como parte del ser latinoamericano, a pesar de sus limitaciones, ha vivido con nuestros pueblos el proceso de colonización, liberación y organización,” por lo tanto,

la realidad iberoamericana del siglo XX exige la reflexión y la resolución buscando soluciones propias. Sin embargo, tal reflexión y resolución se dan en diferentes vertientes, como se verá en el desarrollo de este trabajo. En una vertiente sin precedente, en su Mensaje, los teólogos reunidos en Medellín se dan a la tarea de filosofar y expresa la necesidad de crear condiciones para la formación de un nuevo ser, una inclinación bastante inusitada:

La imagen nueva del hombre latinoamericano exige un esfuerzo creador: los poderes públicos, promoviendo con energía las exigencias supremas del bien común; los técnicos, planificando los caminos concretos; las familias y educadores, despertando y orientando responsabilidades; los pueblos, incorporándose al esfuerzo de realización; el espíritu del Evangelio, animando con la dinámica de un amor transformante y personalizador. (3)

Los *Documentos Finales de Medellín* analizan los obstáculos, y en el mismo Mensaje se plantea la tarea de “denunciar con firmeza aquellas realidades de América Latina que constituyen una afrenta al espíritu del Evangelio.” Aunque también pide “reconocer y estimular todo intento positivo profundo de vencer las grandes dificultades existentes” (3). Las grandes dificultades estaban plasmadas en el profundo proceso desarrollador que se había gestado desde la colonia a lo largo y ancho de América Latina y sobrevivían hasta los tiempos modernos. La primera mitad del siglo XX exigía la redefinición del pensamiento iberoamericano.

Vicente Leñero hace suya la tarea elaborada por Leopoldo Zea y la Conferencia Episcopal de Medellín. Leñero es un escritor que nos habla de la aspiración máxima del arte: involucrar al receptor de la lectura en la reconstrucción del pensamiento iberoamericano; comprometerlo en la generación de ideas con sus prójimos, dentro de una práctica de la fe cristiana restablecedora de valores universales que eleven la dignidad de los hombres y de las mujeres hasta la realización humana. Leñero posee la excelencia, la capacidad para captar las

actitudes humanas, para dar a sus personajes conductas verosímiles e inverosímiles y extraer situaciones arquetípicas de su interacción. Crea así una situación que demanda otorgar una voz a los sin voz, un rostro a los sin rostro, una persona a sus personajes despersonificados. La obra de Leñero ha tenido diversas interpretaciones y ha sido leída desde perspectivas históricas, políticas, así como su riqueza de recursos literarios; pero también lo que hay en ella es el resultado de una actividad humana, consciente y demandante, por lo consiguiente, se hace imprescindible que se le analice su carácter religioso-cristiano y libertario.

Por un lado, la carga de violencia de la Revolución se dejaba sentir todavía a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Una vez más se vivía en una época en que las clases dominantes se definían por llevar los ideales de armonía social a límites insostenibles. Además, a la sombra de los bancos y las corporaciones económicas aliadas a la jerarquía eclesiástica, el poder ha destruido pueblos y culturas enteras, en tanto sus medios de información aseguran que Dios está de su lado. El poder tradicional ibero asentado en América y, por ende, en México pretende seguir reescribiendo la historia. Su historia.

La puesta en escena de políticas económicas que dejaban qué desear por su olvido de grandes sectores sociales y culturales, llama la atención de Leopoldo Zea. Ante la nueva realidad que poco o nada se distinguía de la época que precedía, Zea tiene razón al afirmar, hace ya más de cincuenta años, que hay una corriente seguidora de la gran tradición filosófica occidental, europea, por ende, dependiente en la ideología de las elites dominadoras de todo el mundo. A la vez que Zea critica la dependencia ideológica hacia Europa, también clama por una filosofía iberoamericana pero inserta en el pensamiento universal, cuando sugiere que “no hay que considerar lo americano como un fin, sino, por el contrario, como un límite y punto de partida

para un fin más amplio, lo americano se dará por añadidura” (I, 2). Leñero, en diálogo con este pensamiento, parece hacer suya la tarea de darle luz a la nueva problemática para universalizar el pensamiento ibero-americano-mexicano y convertir en realidad los ideales de armonía, libertad, fraternidad y progreso.

En contraste, las nuevas fuerzas sociales heredadas del pensamiento tradicional iberoamericano que emergieron de la Revolución Mexicana se amañaron, tal cual se lee en la obra de Leñero, y desarrollamos más adelante. Para conseguirlo, ese nuevo poder necesitaba de su propia versión de la historia: con una inconciencia mayor se aseguraba el juicio social sin ciencia ante la nueva situación colonial interna.

Por otro lado, la historia de los pueblos de México está llena de sangre y violencia, muerte y sufrimiento, de guerras internas e intervencionistas. No obstante, siempre hay algunos intelectuales sensibles que interpretaron los hechos, la historia revela las angustias del presente, de los más. Para forjar las potencialidades del futuro, para alcanzar la universalidad de la cultura iberoamericana, hay que reconsiderar el pasado, parecen decir tanto Zea como los *Documentos de Medellín*. Y Leñero, como un intelectual sensible parece caminar junto a esas reflexiones.

Leopoldo Zea afirma:

Primero: la necesidad, ya urgente, de tomar conciencia de nuestro pasado, con el fin de asimilarlo en forma tal que no llegue a representar una amenaza para nuestro futuro; segundo, la necesidad, igualmente urgente, de tomar clara conciencia de nuestro sitio o situación dentro de este conjunto de pueblos al cual pertenecemos, y que lleva el nombre de América. (I-9)

Leopoldo Zea, los *Documentos de Medellín* y Leñero parecen coincidir en las tareas, por lo que demuestran las consecuencias terribles de una revolución que ya conocían, que ya vivían.

Ellos mismo saben que algunos se quedaron a mitad de camino, otros traicionaron sus ideales, y los menos obtuvieron el reconocimiento eterno de sus pueblos.

De los pensadores humanistas se espera conciencia y honestidad y, sin idealizar, sugieren que el ejercicio de la violencia y la criminalidad no proviene de abajo, de los jodidos, de los eternamente humillados y engañados. Saben que su realidad cotidiana es degradante. Pero cuando adquieren conciencia de su situación, son temibles. Zea busca una manera de filosofar diferente para enfrentar bajo esa inspiración la problemática de las fuerzas potencialmente temibles. Por su lado, Leñero hace suyo ese filosofar a través de la narrativa literaria, de ejercicios literarios, para elevar al cielo, la voz de la esperanza para los desesperanzados. Leñero describe ese mundo problemático, interno y externo, de sus personajes con el objeto de problematizar la degradación de los seres humanos, pero también en busca de alcanzar una conciencia, a lo que Zea aspira, “conciencia que permitirá a esta América [y México] actuar en todos los campos de la cultura haciendo a un lado toda clase de complejos, los mismo que hasta ahora le han impedido el conocimiento de su propia realidad” (I, 10).

En este trabajo me propongo mostrar la profundidad del espíritu cristiano que se teje en la narrativa de Vicente Leñero a medida que él mismo madura como pensador y como escritor. Asimismo, pretendo demostrar que el pensamiento iberoamericano profundamente cristiano, rescatado en los *Documentos Finales de Medellín* en 1968, se encuentra en esta narrativa. Vicente Leñero fiel a ese pensamiento avanza paralelamente hasta alcanzar la madurez que se advierten en los mismos postulados de la Teología de la liberación en Gustavo Gutiérrez. Ya en su primera obra publicada en 1959, “La polvareda,” se observa su inclinación a describir personajes desdichados por la geografía y por el abandono de la sociedad: por un lado los

pequeños campesinos, clase marginada y empobrecida por un sistema externo en un México que buscaba colocarse en el mundo moderno de la industrialización. Por otro lado, en la misma narrativa conlleva una crítica de la Iglesia clerical.

Es decir, en diálogo con los *Documentos Finales de Medellín* y la Teología de la liberación en el pensamiento de Gutiérrez, me propongo descubrir al profundo pensador que problematiza e intenta ser parte de la vertiente que pugna por un pensamiento independiente del occidente, del exterior. Vicente Leñero se nos presenta siempre en pos de la reflexión religiosa y social en sus novelas. Como si escuchara a sus intérpretes, en su última noveleta escrita en 2003, como así llama a su ejercicio literario, *El padre Amaro*, Vicente Leñero afirma: “Me duele este regreso de mi Iglesia a la penumbra preconiliar.” Evidentemente, en el contexto americano, se refiere a la época anterior a la reunión de teólogos en Medellín.

La crítica sobre Leñero es amplia debido a su incursión en distintos géneros literarios: cuentos, ensayos, novelas y teatro figuran dentro de su creación, al igual que sus escritos como periodista y guionista. La lista es variada y los temas son diversos. En “Charla con un testigo de excepción: Vicente Leñero,” Joaquín Tamayo afirma que Leñero es “uno de los escritores más polifacéticos y prolíficos de la época actual.” En esta entrevista, Tamayo abrevia y comparte que “el maestro ha revelado a los lectores que es dueño de una infinidad de recursos, mediante los más diversos métodos y géneros literarios.” Antes de iniciar mi análisis, parece oportuno aquí señalar de modo somero algunas facetas de la crítica en torno a la obra de Leñero. Desde su perspectiva literaria, José G. Chávez en su ensayo “Testimonio latinoamericano” circunscribe a Leñero dentro de esta categoría. Obras como *Los periodistas* (1978), *La gota de agua* (1983), y *Asesinato* (1985) las clasifica dentro de la “Novela testimonial Mexicana.” Tal trabajo testimonial, afirma, [trata de] “invitar al lector a tomar cierta actitud crítica frente al problema

planteado. A concientizar al público y por extensión al pueblo” (I, 8). En su segundo ensayo mencionado afirma que “el tema de la religión es una constante en sus obras literarias” (II, 6), asegurando ahí mismo que “algunos críticos le han señalado esta constante como un defecto” (II, 6). Ahí mismo les revierte la crítica asumiendo la separación del tema de la religión de “los temas históricos-políticos” y aceptando implícitamente desligar el tema de la religión de “la pobreza” y de “la crítica social y política” (II, 7). Chávez analiza que la crítica en Leñero es “una constante en toda su producción literaria” (II, 7), aunque su interés versa en hacer grandiosa defensa del texto testimonial de Leñero para que sea reconocido como novela. Por su lado, Danny Anderson, en el prefacio a su libro *Vicente Leñero the novelist as Critic*, lo ubica dentro de la novela contemporánea latinoamericana y le atribuye las características que la misma posee tales como “general cultural and social consciousness” y “nonfiction novels.” En el mismo prefacio Anderson le adjudica a las novelas “the function of the texts as implicit critiques of the potentials of the genre; and [...] the use of the novel as a vehicle for exploring and producing a critical interpretation of reality.” Anderson observa en *Redil de ovejas* que Leñero “employs [a] technique as a manner of altering readers’ perception of represented reality” (13). Es de resaltar que Anderson encuentra el espíritu de los *Documentos de Medellín* en *El evangelio de Lucas Gavilán* al afirmar que esta novela “following the tenets of liberation theology, [...] presents a man [...] who lives in present day Mexico and practices the new theology at a grass-roots level” (11). Sin embargo, conduce su óptica social a sólo “different aspects of the hypocritical and repressive beliefs of Mexican Catholicism” sin considerar el papel que la jerarquía juega en la promoción de esas “repressive beliefs” (11). Su estudio aborda las técnicas explorativas de Leñero, aunque llega a asegurar que en la misma novela “continues the social criticism present in all of his works, and carries experimentation with novel form to another extreme, totally different

from all of his other innovations” (12). El estudio de Anderson resalta que en *Los albañiles*, Leñero “exemplifies the complexity a narrative can achieve through the careful use of language and structure.” En la misma tónica, aborda la crítica social que en ella se exhibe al asegurar que “this novel considers the problem of guilt in society” (6). En su ensayo literario Chávez afirma que Anderson realiza un “acercamiento a la literariedad y a la ficcionalización de las novelas testimoniales de Leñero” (IV, 22).

Siguiendo esta misma corriente, en “Current Trends in the Mexican Novel,” George R. McMurray coloca a Leñero dentro de los novelistas jóvenes que buscan “linguistic innovations and ‘far out’ technical procedures [...]” así como mostrar “dissatisfaction with the present-day situation” (536). Su estudio muestra la crítica social que emerge en novelistas como Leñero, entre otros, advirtiendo que “human alienation constitute only one facet of the current Mexican novel,” aunque sostiene que “their objective is not to suggest remedies but rather to cast doubt on traditional values, alter attitudes and thus create an atmosphere conducive to change”(536). Como lo he ejemplificado, el enfoque de estas obras busca enumerar los recursos literarios, lingüísticos y sintácticos, entre otros, aunque todos resaltan al pensador crítico que Leñero encierra. José Chávez, en su ensayo literario, “Vicente Leñero y su obra literaria,” resume que “desde la aparición de sus primeras hasta sus últimas obras novelísticas y dramáticas, ha hecho el papel de testigo y crítico de la sociedad mexicana.”

Mi investigación se hace necesaria para superar lecturas precipitadas de su obra que equiparan su crítica a la Iglesia clerical como una crítica a la religión. En el “abstract” a su tesis doctoral, Miguel Ángel Niño asegura que “en sus análisis [de otros críticos] de ésta [Los albañiles] como en los del resto de su obra han descuidado hasta ahora el elemento más significativo: la crítica implícita de [a] la religión.” Por el contrario, Vicente Leñero parece

reafirmar sus raíces religiosas cristianas a través de su obra, como pretendo demostrar en este trabajo, y él mismo lo sugiere cuando comenta en su noveleta [*El padre Amaro*] el revuelo que su guión, del mismo nombre, ha causado: “no es asunto de vital importancia y se antojan de pena ajena los razonamientos de mis hermanos en la fe que parecen ignorar la accidentada historia de nuestra Iglesia” (116).

En el mismo “abstract” Miguel Ángel Niño asegura que: “En sus últimas novelas el pensamiento religioso de Leñero se hace más evidente. Su crítica contra la religión tradicional es ahora más directa en el *Garabato* (1967) y en *Redil de ovejas*” (1973).

Para no dejar ambigüedades, la aseveración de Miguel Ángel Niño se aclara con la práctica social de Vicente Leñero como lo pretendo demostrar en este trabajo. Según entiendo, la intención de Leñero no es que la Iglesia pierda su identidad ni la tradición de su corpus interpretativo, pero sí el de mostrar una renovada actitud de diálogo y apertura con las prácticas, preguntas y sensibilidades de las personas de sociedades actuales. Muchos religiosos, como da cuenta en su novela *Los periodistas* y en su noveleta *El padre Amaro*, se cuentan entre sus amistades tal cual se puede leer en el siguiente párrafo:

La mayor parte de los sacerdotes que frecuento, nada tienen que ver con mis acusaciones. Están al margen, a salvo. Muchos de ellos, incluso, sufren desde dentro la problemática que apunto, quizás exagerada.[...] Su consagración al sacerdocio, su asombrosa entrega a la aventura de la fe mantiene viva en muchos laicos, y desde luego en mí, la esperanza de una Iglesia Pueblo de Dios que camina por ese valle tenebroso al que alude el salmo Isaías. (117)

Intento demostrar que el pensamiento de Vicente Leñero, no es sólo un pensamiento religioso sino un pensamiento religioso contextualizado y actualizado; no es una crítica contra la religión cristiana sino una crítica a la postura de la Iglesia clerical que en la práctica favorece una

opción por los múltiples opresores que se desarrollan en el individuo, sin importar clase, edad, género ni cultura. Estos opresores son muchas veces objeto de observación en la obra de Leñero.

Lo que entiendo en su lectura es que la Iglesia, cuidando su tradición, podría llegar a nuevas síntesis, actualizándose. De lo contrario, en escenarios opuestos, podríamos asistir a rígidas cruzadas moralizantes donde la Iglesia, quizás por decreto divino, sería poseedora de la verdad absoluta viviendo dramáticamente las cuarteaduras internas de una estructura medieval minada por represión sexual, celibato, homosexualidad, despegue del rol de la mujer, así como el ocultamiento de abusos y fueros eclesiásticos a favor de los que más han tenido.

El pensamiento de Vicente Leñero formula no sólo su toma de conciencia, sino también la evolución de los acontecimientos nacionales e internacionales que jalonan la historia profunda de México. Intento mostrar con este trabajo que Vicente Leñero está inmerso en la recuperación del pensamiento iberoamericano a través de su perspectiva mexicana. Se trata de un pensamiento maduro en la formulación de una filosofía de la liberación. He estructurado el desarrollo de este trabajo en dos capítulos:

El primer capítulo, “la situación nacional en la narrativa de Vicente Leñero,” resalta la brecha socioeconómica que se ensancha entre sus personajes ficticios, pero representativos de la sociedad mexicana. Leñero alerta sobre el camino que el México moderno ha decidido emprender. Leñero advierte que, con ese camino, se pierde la oportunidad histórica de repensar el futuro para sanar las heridas abiertas, ya centenarias, en México. A través de su narrativa, Leñero observa la historia de los otros: los trabajadores, pobres y clasemedios, mujeres y niños, tanto los del mundo rural como los de la ciudad, los letrados medianos y de sectores pudientes, políticos y militares. Todos ellos buscándose la vida. Apoyándome en estudiosos

sociales, observo que Leñero narra la historia política, social y económica, de sectores sociales que dependen de las luchas alianzas que se realizan en los niveles de dirección nacional. Leñero recupera una historia de México que da voz al México profundo, que se construye a través de los marginados en la historia oficial.

En el capítulo dos, “la narrativa de Vicente Leñero, los *Documentos de Medellín* y la teología de la liberación,” he puesto de manifiesto los puntos de coincidencia entre Leñero y los conceptos vertidos en los *Documentos de Medellín*, reunión de teólogos que se realizó en 1968, en Colombia. Las novelas de Leñero están tejidas con cierta inclinación social que se inspira en el ideal de ver una Iglesia más comprometida con la sociedad, un cristianismo más reivindicado con los pobres y con la sociedad en su totalidad, tal cual Gutiérrez lo recrea con sus citas bíblicas. Expongo que tanto la narrativa de Leñero como Gutiérrez, pugnan por una Iglesia que impregne de una postura a la sociedad con la cual ésta firme y abrace: la opción por los pobres, no como exclusiva sino como lo sugiere la iniciativa de los *Documentos de Medellín*. Tal postura conduce a compromisos sociales, “a compromisos auténticos y generosos de muchos cristianos en la construcción de una sociedad justa” (Gutiérrez 107). Leñero, en la literatura, camina junto con los *Documentos Finales de Medellín* y celebra su espíritu libertador. La narrativa de Leñero anima a tomar parte en la construcción de un hombre nuevo. Al igual que Gutiérrez propugna por “la revalorización de la presencia y la acción del hombre en el mundo, particularmente en relación con otros hombres” (62).

Por último, a través de la obra de Leñero se señala su maduración, y su enlace con el espíritu de los *Documentos Finales de Medellín*: la opción por una Iglesia Pueblo de Dios. En el fondo tanto Leñero como los *Documentos* y Gutiérrez reconocen que deben generar una nueva

estrategia de ingerencia social y formativa que permita a la Iglesia asumir una posición a la altura de los tiempos.

CAPÍTULO 1

LA SITUACIÓN NACIONAL.

México, como todos los países iberoamericanos, ha vivido en constante conflicto de clases y culturas y, por lo tanto, de ideas. La multiplicidad de culturas de ascendencia precolombina tanto como europeas y africanas que buscan convivir no favoreció a un desarrollo homogéneo de las ideas ni de la sociedad. La nota distintiva ha sido que se plasmara una visión de unas sobre las otras, bajo un acuerdo que muchas veces era unilateral. Sin embargo, siempre ha habido voces y letras que han intentado llegar a un punto de coincidencia con las otras visiones dominantes, ajustando el pensamiento a los signos de su momento. A partir de mediados del siglo XX surgen nuevas voces, más sostenidas que buscan el diálogo intercultural.

Gómez-Martínez, resume la lucha de las ideas en América, explicando dos vertientes por lo menos. La reconocida cultura de origen ibero, por un lado, y la desprestigiada cultura no reconocida, además de oprimida, de fuerte contenido intercultural, por el otro. En su “Contextualización de la teología...” trae a bien una síntesis como premisa:

La recuperación del pensamiento iberoamericano que se inicia de modo programático en la década de los cuarenta, culmina en los sesenta con una expresión de pensamiento maduro en la formulación de una filosofía de la liberación.

México se halla en la década de los cuarenta en reconstrucción y definición y, al mismo tiempo, inserto dentro de esa misma dinámica del pensamiento iberoamericano. Se había iniciado el siglo XX con una revolución que buscaba ajustar el proyecto de país a las necesidades de su población. De este proceso revolucionario (1910-1919) surge el primer gobierno con una revolución institucionalizada. La definición económica de los nuevos gobiernos avanza a la par

que Leñero proyecta las secuelas del reordenamiento nacional en la historia de sus personajes, a quienes les da memoria histórica, como en *El Evangelio de Lucas Gavilán*, recreando así el desarrollo histórico nacional:

Ya ebrio se lanzó a cantar viejísimas canciones acompañado a la guitarra por el chuntata [...] cantó también corridos de la revolución y de la guerra cristera. Cantó el Patria México febrero veintitrés, el de la muerte de Emiliano Zapata, [...] terminó con el corrido del agrarista. (26)

El Estado mexicano moderno surge sorteando estos obstáculos internos que bien exhibe Leñero en su párrafo anterior, así como los diversos bloques que se forman posterior a la primera guerra mundial, aunque en los hechos su alineación se hace evidente cada vez. Con una clase capitalista descapitalizada, con un estado cada vez más legitimado y fortalecido, la identidad nacional se hace imprescindible y crece a la sombra de una economía proyectada hacia fuera, aunque arrastra a una población mayoritariamente rural y una creciente población urbana con grandes necesidades; de esa manera se va plasmando un proyecto nacional. Por un lado, este panorama de grandes necesidades se ilustra desde la primera obra de Leñero en “La polvareda,” un cuento publicado en 1959 que describe la geografía en que viven sus personajes:

El sol me roía los huesos. El campo parecía un petate grandísimo arrugado en las faldas de los cerros. A lo lejos, una polvareda comenzaba a levantarse. Los huizaches extendían sus ramas parecidas a los brazos de Esteban. (9)

En otro cuento, “Camino de tierra” también se ubica en la zona rural cuyos materiales de construcción y las vivencias que narra reflejan la cultura agraria, de gente de color:

No vivía en el pueblo sino un poco más allá, en la primera casa de adobe arrimada a la curva de la carretera. Su padre sembraba una parcela y su madre iba a lavar en el arroyo. También iba ella, y a veces iba sola. [...] Tenía el pelo negro y unos ojos grandes, también negros. (35)

Asimismo en “Rabia,” parte de su colección de cuentos, muestra una vez más el México mayoritario, el rural: “Me subí a un árbol para ver si alcanzaba a distinguir el pueblo, pero todos

los cerros se habían amontonado para tapármelo. No se veía otra cosa más que cerros. Y árboles y piedras y un cielo liso como una tabla” (15).

Nunca soslaya el elemento cultural culinario del México profundo; la comida que refleja la cercanía de esa gente con la tierra aun cuando se vive en la ciudad como albañiles, sector social que se hace también objeto vivo de observación en su obra *Los albañiles* publicada en 1964: “quezadillas de flor de calabaza, comidas económicas: cazuelas con sopa de fideo, sopa de arroz y con carne de adobo: tortillas de papa, frijoles y dulce” (183).

Para completar el cuadro cultural rural, Leñero manifiesta igualmente las creencias religiosas, y en su novela *El Evangelio de Lucas Gavilán*, resalta la presencia de una mezcla de cristianismo, creencias animísticas y medicina nativa:

Quando cumplieron los primeros diez años de marido y mujer, Zacarías e Isabel ofrecieron penitencias y mandas a todos los santos conocidos para que Dios les hiciera el milagro de mandarles un chamaco. Nada. Ni el Santo niño de Atocha, [...] ni el señor de Chalma, ni San Martín de Porres, [...]. Tampoco sirvieron pócimas y exorcismos, y menos las tretas de doña Gabi. (17)

En *Los albañiles* se ilustra también, la mezcla de creencias religiosas:

¿Cómo quieren que yo sepa? Fue a Isidro al que le contó que allá por mil novecientos cinco o mil novecientos, sepa Dios, vino a la capital por segunda vez convencido ya de que los exorcismos no servirían para nada, mucho menos para curar el mal de ojo. (16)

Los personajes de Leñero se expresan con una visión tradicional para mirar el pecado:

Lorenzo podía ser el mejor de todos los hombres aquí y en su tierra y en cualquier otra parte, pero allá abajo el alma de los endemoniados se le metió en el cuerpo, porque para realizar el crimen los endemoniados necesitaban un cuerpo, unos brazos. (17)

O sólo para recrear el ambiente sociocultural o para reconstruir el pensamiento iberoamericano, Leñero insiste en la misma obra, *Los albañiles* en resaltar el desarrollo de las

ideas milenarias del México antiguo en el siguiente diálogo entre el velador y el niño trabajador en el mundo de la ciudad:

A las seis de la tarde, don Jesús le dice a Isidro: -las cosas sienten; ¿sabías eso? Cuando serruchas una tabla es igual que cuando arrancas una rama a un árbol. Igual que si le quebraras la pata a un perro; como si a ti te troncharan un dedo. (126)

Recurriendo a la voz de un enfermo mental como el velador don Jesús, Leñero evidencia la unidad de la diversidad cultural; de esa cultura milenaria, de creencias paganas para el clero cristiano como cuando don Jesús escucha:

-Es el aire.
 -Claro que es el aire, pero óilo como zumba, óilo. ¡Algo me quiere decir!
 -Las cosas tienen vida. (127)

En estas obras, Leñero reflexiona sobre la dinámica social con diversos tintes culturales y proyecta sus ideas en personajes representativos de clases y grupos étnicos. Leñero desarrolla su narrativa siempre dentro del contexto histórico contribuyendo así a esa dinámica del pensamiento iberoamericano que destaca Gómez-Martínez:

Se trata de una visión iberoamericana del orden mundial, de una confrontación primero, y de un proceso de reconstrucción y de problematización después, del discurso axiológico del pensamiento occidental, al mismo tiempo que éste se erigía a escala global como portador de valores universales. (1-8)

Bajo esta óptica se puede afirmar que el proceso post-revolucionario mexicano es ejemplo único de “un proceso de reconstrucción y de problematización después,” que se ejemplifica bien tanto en la historia como en las letras de Leñero, según desarrollamos en este estudio. Por un lado, crece un estado social que, sin descartar el discurso justicialista, busca definir la identidad mexicana con sus propios parámetros y bajo la idealización del capital extranjero. Por consiguiente, se hace necesaria la capitalización de la clase desfavorecida en el

porfiriato, un segmento social que busca fortalecerse como clase dirigente, como clase de vanguardia, como clase modelo. Sin embargo, la clase política que surge de la Revolución mexicana con representantes hacendados, ricos terratenientes y militares de toda índole, enfrentan ardua tarea para paliar el descontento y el hambre en un país destruido y fragmentado. Leñero lo refleja en estas obras estudiadas, cual se lee en *Redil de ovejas*, novela publicada en 1973, al dejar ver la inspiración religiosa de un empresario ante los problemas sociales:

Los empresarios cristianos –decía un empresario cristiano en la tribuna– proclamamos abiertamente ante el mundo que el único camino para resolver los problemas sociales planteados por el desmedido afán de lucro del régimen liberal, y en contraposición a la absurda solución planteada por el socialismo comunizante, es el camino trazado por la doctrina en la *Rerum Novarum* y en la *Cuadragésima Anno*. (35)

A Leñero le parece interesar desdoblar a sus personajes, su sentir ideologizado, como cuando hace expresar al empresario nuevamente su visión cristiana para avanzar hacia la tan trillada civilización y progreso con la siguiente arenga:

La colaboración de clases que exige la doctrina social cristiana es la unión de trabajadores y empresarios para luchar juntos por la realización de un régimen justo para todos. (35)

Asimismo en su novela *El Evangelio de Lucas Gavilán*, se vislumbran los intereses de esa clase política; un Estado avasallador crece al expropiar tierra de los padres de uno de los protagonistas para construir la carretera en nombre del progreso de la nación:

Aunque sus papeles parecían en regla muy poco se podía hacer de seguro para evitar la expropiación a menos que fueran a la capital, porque en el pueblo el Comisariado ejidal estaba también hecho bolas. (28-29)

Esa clase política surgida de la revolución mexicana con representantes hacendados, ricos terratenientes y militares se refleja en la misma novela, cuando el narrador describe el perfil de un político, que se antoja imaginar a un político de índole local o nacional:

Caciquillo infame de la región, acaparador de tierras amparadas por prestanombres, explotador de campesinos, asesino de agraristas, dueño de la distribuidora refresquera y de cuántos mas negocios, cómplice del cura, violador de muchachas. (53)

Es decir, Leñero surgiere un proceso problematizador, para luego formular la pregunta del cómo resolver los nuevos retos sociales; por otra parte, las respuestas se van plasmando a medida que también el nuevo estado de cosas va siendo delineado. Leñero parece vislumbrar las características de ese nuevo orden, perfil diseñado muy bien en los análisis de la historia Sus reflexiones se originan en un proceso vivido, que responde al contexto peculiar, donde, como señala Francisco José Paoli:

El Estado mexicano ha mantenido algunos elementos que le dan una cierta caracterización, con cambios variables y variaciones que no llegan a modificar los rasgos más generales de esa configuración. Entre ellos se destacan su organización corporativa, que se origina desde las primeras alianzas del Estado con la clase obrera, las cuales se encuentran documentadas por ejemplo en el Pacto con las Casa del Obrero Mundial. La otra clase fundamental, los empresarios, también se configura de una manera distinta que la que tenía la oligarquía liberal porfirista, bajo los auspicios del Estado. (211)

El nuevo Estado, en su necesidad por crear su base social, busca erigirse como representante de las diversas clases en contienda usando el discurso revolucionario desde la retórica frase de sufragio efectivo- no re-elección, pasando por los derechos políticos individuales, hasta la demanda de las comunidades campesinas: restitución de las tierras confiscadas, proceso que no había terminado con la independencia de la corona española sino que se había acentuado en el siglo XIX, como bien lo documenta Leticia Reina en su libro *las rebeliones campesinas en México, 1819 – 1906*.

El Estado nuevo enfrentaba la demanda tanto de comunidades y pueblos como el expansionismo de otras naciones poderosas y grandes empresas; demandas y guerras extranjeras que se sustentaban desde las luchas del siglo XIX. Leticia Reina, en su investigación sugiere la

problemática que se arrastra cuando escribe sobre el papel de la intervención de los EEUU en 1847:

La ocupación norteamericana aparece como un aspecto de la lucha de clases, librada entre campesinos y hacendados. Éstos, como una parte de la clase propietaria, se apoyaron en el clero –la alta jerarquía de la iglesia católica- y ambos constituyeron el apoyo político a la invasión norteamericana. (18)

Un estado que pretendiera distinguirse del que nos reseña Leticia Reina, era imprescindible; de ahí que el nuevo Estado enfrentaba un problema ya añejo bajo circunstancias recién creadas. Leñero, en su novela *El Evangelio de Lucas Gavilán*, recurre al canto para ilustrar la vieja demanda actualizada:

Voy a empezar a cantarles
La canción del agrarista,
les diré muchas verdades
señores capitalistas.
Mucho trabajo padecemos
La esclavitud del vendido
Hasta que al cabo pudimos
Ver nuestro triunfo reunido. (26)

La problemática que resaltan estas coplas, reflejo de la percepción del pueblo, hacen saltar las estructuras de poder que iniciaban el siglo XX con opulencia. Por ello, el Estado que surgió de la revolución tenía que presentar una nueva propuesta social. Ante los desafíos sociales, ya no cuadraba otro Estado que postergase recobrar las tierras [de los campesinos: africanos mexicanos, indígenas, mestizos y criollos] y que incumpliese la justicia social. Añejas demandas que el país arrastraba así como deudas sociales por promesas incumplidas, forzaban ahora la transformación. Ya en el siglo XIX, las comunidades y pueblos habían sufrido el desprecio de la clase dirigente, como lo explica Reina:

La situación presentaba, para los campesinos, problemas imprevisibles: la lucha por recobrar sus tierras, librada contra los hacendados y el estado, podía favorecer los propósitos de los invasores norteamericanos o

bien alentar la defensa nacional a partir de una proposición comprensible y justa para todos los campesinos. Las luchas campesinas *anticolonialistas* alzaron la voz de: ¡Organizar la defensa nacional con la defensa de la propia tierra! Como consecuencia, la clase en el poder se encargó, por un lado, de reprimir los movimientos para evitar que se unieran los campesinos de diferentes regiones del país que planteaban lo mismo y, por otro lado, el gobierno apresuró los tratados de paz con el país del norte. De tal suerte que el gobierno mexicano prefirió transigir frente a los Estados Unidos de Norteamérica que poner en peligro su hegemonía de clase. (18)

El dilema del nuevo Estado se va diluyendo a medida que va fortaleciendo sus lazos no sólo internos sino externos. Por un lado, la segunda guerra mundial le garantizaba un papel de abastecedor de materias primas y fuerza de trabajo baratas a los Estados Unidos de Norteamérica, llegando a ser firmes socios empresariales. Por otro lado, con fuerzas sociales corporativizadas y una clase dirigente dirigida, el Estado nacional se abrió paso entre los países en eternas vías de desarrollo posponiendo las trilladas demandas de restitución de tierras y justicia social. Aunque la modernización había llegado, la industria y maquinaria se veían por doquier y el sector de la construcción crecía, las consecuencias no faltarían a la postre, porque ese desarrollo no crecía paralelo ni homogéneo sino sólo en un lado, o mejor dicho, sólo en la cabeza y de un lado.

Esas fuerzas sociales corporativizadas se dejan ver en *El Evangelio de Lucas Gavilán* cuando el narrador describe un evento de masas:

A los líderes del Consejo Agrarista Mexicano no les gustó saber que Jesucristo Gómez llegaba a Martínez de la Torre justo en plena convención estatal. Le tenían miedo. Sabían que Jesucristo era muy capaz de sabotear la reunión porque hablaba pestes del CAM: lo tachaba de ser una organización trcalera con los ejidatarios, y a cada rato ponía en evidencia a los líderes regionales. (111)

No sólo problematiza el espectro político, Leñero muestra asimismo el proceso corporativizador en la prensa. En la novela testimonial *Los periodistas* se evidencia la

intervención gubernamental en el periódico nacional *Excélsior* subvirtiendo el orden interno de la empresa cooperativa, como se muestra en el diálogo del director del periódico, don Julio Scherer con el presidente de la República:

Fue Echeverría quien tocó el tema de *Excélsior*. Volvió a hablar de la ingratitud de Julio después de que él ayudó tanto al periódico, de los ataques continuos que recibía en el diario. (325)

El nuevo Estado enfrentaba tal reto: elevar el nivel de vida de la sociedad, acercarla a la “Civilización” o al “Progreso,” el anhelado sueño iberoamericano del siglo XIX. Para lograrlo se hacía imprescindible “la recuperación sistemática del pensamiento iberoamericano” en palabras de Gómez-Martínez. Sin embargo, las tendencias del nuevo Estado parecen no distanciarse de la vieja tradición del pensamiento iberoamericano que dominó en el siglo XIX. Más bien parece alejarse de la recuperación, para fortalecerse como Estado Nacional. José Paoli refiriéndose a Yucatán, se expresa en términos semejantes a los que problematiza Leñero:

Ejecutivo fuerte o sistema presidencialista; capacidad de arbitraje y regulación de la lucha de clases; Estado benefactor (populista) que opera grandes derramas de beneficios a la población subalterna; nacionalismo reformista; y capacidad para orquestar una amplia intervención en la economía. (211)

El alcance de la crítica de Paoli y de Leñero es más explícito cuando se reconsidera en el contexto histórico mexicano. Para 1920 México se encontraba atrasado en cuanto a modernización se refiere ya que en otros países tal proceso ya estaba en curso. Para ser un Estado naciente, parecía imperativo diseñar una política económica y una política educativa y cultural que contribuyeran al desarrollo. Pero entendiendo “desarrollo” en el contexto que ejemplifica la obra de Leñero y que define con precisión González-Casanova:

Aquí, cuando hablamos de desarrollo, sólo implícitamente pensamos que se trata a la vez de un proceso de crecimiento del producto, de distribución del producto, de aumento de los niveles de vida, y de respuesta política a la moral igualitaria y a la política igualitaria de las

grandes masas; en suma, de un fenómeno tan político por lo menos como puede serlo económico. (5)

Se hacía patente, pues, la organización social y la necesaria generación de un nuevo tipo de engranaje social que se reprodujera por sí solo. Era necesaria la participación de los ciudadanos y la responsabilidad del gobierno, así como un tipo de alianzas, apoyos y relaciones que el Estado debía establecer con los distintos grupos sociales. Ante todo, el nuevo Estado tenía un compromiso capital: romper en todas las esferas con el sistema de servidumbre en el campo, base todavía determinante de las diversas actividades económicas más sobresalientes del momento: la agricultura, minería y ganadería, así como superar la relación de desventaja entre el campo y la actividad industrial. Leñero en sus novelas trasluce lo que en realidad se gesta: un Estado en complejo dilema, pero sin política educativa ni cultural, aunque sí con políticas de alianzas entre las élites, que convergen en intereses personales motivados en ganancias en negocios ventajosos. En la novela *El Evangelio*, se observan las alianzas tanto en el nivel político como eclesial, así como una cultura arrimadiza sólo pendiente del provecho propio:

-¡Tráiganlo! –ordenó Horacio Mijares, el cacique; amigo personal del gobernador y de los grandes políticos del centro, quitaypon de los presidentes municipales de la comarca. (53)

Leñero evidencia la alianza de ambas autoridades elitistas en la misma novela cuando narra un evento de campaña política:

Mientras la marcha de Zacatecas ponía fondo musical al desorden, Jesucristo se doblaba de la risa viendo cómo el delegado del partido ganaba su pequeña batalla para quedar sentado a la derecha del gobernador, y cómo el cura párroco de San Rafael conseguía meter su silla como una cuña a la vera del señor obispo. (188)

Para servir de árbitro entre la oligarquía exportadora y los empresarios domésticos por un lado, el nuevo Estado adopta una política de intervención estatal en la economía como bien lo estudia José Paoli. Para servir de árbitro entre los liberados de la servidumbre pero todavía

despojados, por un lado, y los muchos nuevos dueños por el otro, el nuevo Estado se hace de aparatos centrales para tolerar o permitir la organización combativa de los asalariados en general.

Aprovechando el fantasma que amenazaba en Europa, y armados con un discurso revolucionario y de clase, los sindicatos obtuvieron personalidad jurídica para negociar con los empresarios, pero todo ello siempre regulado por la intervención estatal. Para crear más raíces, como señala Paoli, hubo intervenciones políticas:

Además, para fortalecer las organizaciones sindicales, se desarrollaron cooperativas y sociedades mutualistas para que contaran con fondos propios en forma permanente. Todo lo anterior explica la vinculación de las organizaciones con el Estado en el origen y su dependencia fundamental respecto de él hasta nuestros días. (205)

Lo mismo ocurrió con sus otros aliados, los sectores medios y los campesinos; Los artesanos y los de oficios varios, los profesores formados en la ideología liberal, los profesionistas, los pequeños propietarios, los comerciantes en pequeño, fueron los elementos que se encargarían de tomar las riendas locales tanto de la política como de la economía, pero se trataba de una economía en ruinas, naciente de la revolución armada y de una política que se percibía con desconfianza. Dichos elementos fueron cooptados por los aparatos centrales ya sean campesinos (CNC) o populares (CNOP). A la par de la historia, el narrador en *El Evangelio de Lucas Gavilán* retrata el papel que juega un intelectual:

Maestro de filosofía en el seminario conciliar, administrador de los dineros de la parroquia y prestanombres del señor obispo en los terrenos del fraccionamiento la Cañada [...] tenía fama de instruido y poeta. (148)

Leñero bien lo ilustra en esa creciente realidad del nuevo Estado, en voz del protagonista, la ideología liberal se deja ver en dicha novela al referirse a los intelectuales clericales:

-También culpo a los intelectuales –dijo.
-¿Se puede saber por qué?

-De un mensaje clarísimo y directo han hecho un aparato ideológico aplastante. (166)

Sin embargo, el “aparato ideológico aplastante” es amplio y busca y crea otros tentáculos: el periodismo, como se lee en *Los periodistas*, cuyos protagonistas buscan mantener una distancia del poder, ante la poderosa paraestatal abastecedora de papel: “la productora e importadora de papel, sociedad anónima nos lo negó [el papel],” ya que el mismo presidente de la república “no estaba dispuesto a permitir la aparición de Proceso” (294).

Junto a una política educativa y alimentaria el nuevo Estado se aseguraba llegar a los confines del territorio de lo que se pretendía ser la nación. Ello implicaba una derrama de recursos de los que el nuevo Estado carecía, por lo que priorizar los recursos era una demanda ideológica. Implicaba definir el rumbo del beneficio desde una óptica estatal. La rectoría económica y social del estado ha sido puntal del estado actual; ha impulsado paralelamente al sector privado para que organice empresas productivas, siempre en base a su alianza con los sectores campesinos, obreros y clases medias, militares y policías, por un lado, y por otro, ha fundado organismos para asegurar el abasto de comestibles en todo el territorio nacional a través de comercializadoras paraestatales. Y así se definió el nuevo Estado, ya no tan nuevo a mediados del siglo XX. Con todo lo anterior se perfila la inclinación del Estado: una corriente que importa modelos de desarrollo, lo que no la aleja de su antecesora dirección del siglo XIX. Sin embargo, tampoco se puede negar la existencia de la contraparte en cada lugar donde se posesiona este nuevo Estado y sus tentáculos, es decir, los intentos de recuperación del pensamiento e identidad cultural mexicana en toda su complejidad.

Intentos como el de Vicente Leñero quien vive la historia y plasma claridad sobre la inclinación del Estado, reflejan primero reflexión para luego sugerir. De ahí que Leñero plantee la problemática, olvidada, soslayada, marginada, excluida por los intereses del Estado, en estas

obras observadas. En su cuento “La polvareda” expresa el aislamiento y el fatalismo en que un campesino se sumerge cuando: “Todo andaba mal. Sólo con el trago se me olvidaban las cosas y en el pueblo me sentía distinto. Ahí no me acordaba de ella ni de mis hijos” (12).

Los maltratos y malas condiciones de trabajo de sus personajes muestran hacia donde el nuevo Estado se encamina, vivencias que se alejan cada vez más de los beneficios que el nuevo Estado prometía desparramar, mientras, la modernización llegaba con las carreteras. Estos pormenores de otros soslayados por la rectoría estatal se ilustran en su cuento “Camino de tierra”:

Al día siguiente el padre de Gilberto no fue a trabajar con los ingenieros que andaban trazando la carretera. Se presentó el martes, sólo para oír la mala noticia:

-Ya no te necesitamos.

-Es que llevé a bautizar a mi hijo.

-Ni modo, ya no te necesitamos.

Fue por eso por lo que entró a trabajar en la mina, donde se enfermó de los pulmones. (32-33)

Son varios los personajes excluidos por los intereses de este nuevo Estado en estas obras de Leñero. Campesinos, albañiles, mineros y niños abandonados como en el cuento “El castigo”; un niño en cuya voz se descubre que sufre el castigo corrector de su protectora:

-Si tu mamá te viera...

Pero mi mamá está lejos. Quién sabe dónde. Apenas me acordaba de ella. Tenía unos ojos muy negros y sus manos eran suaves. (24)

En *Redil de ovejas* se plasman otros personajes olvidados por esa modernización, en personajes representativos como una anciana mujer devota a los ritos cristianos ortodoxos, ladronzuela para subsistir:

Gracias a todo lo que yo me esfuerzo, gracias a las cadenas, gracias a las bendiciones, gracias a los buenos consejos, muchísimos pecadores se arrepienten se confiesan, vienen a la iglesia y dan limosnas.

Una parte de ese dinero me pertenece; lo que se llama una comisión.

Para cobrar, [...] Rosita y Bernardo alternaban sus asaltos incursionando por las charolas en diferentes sitios y a diferentes horas. (138)

Los excluidos deambulan y abundan a lo largo de estas novelas como entre *Los albañiles*, sector que creció debido a la demanda nacional de construir carreteras, fábricas, edificios y ciudades; El sector privado financiado desde el Estado para que organizara empresas productivas estaba progresando; sin embargo, el velador y los albañiles dejaban ver su harapienta vida en la marginación:

-Deja que se vayan estos pobres imbéciles que nunca tuvieron tierras, son unos ignorantes, nunca podrán entender que yo no hablo de mariguanadas ni de fantasmas sino de gentes con brazos y piernas y cabeza. (10)

Personajes a quienes se les va la vida, que ven pasar su vida a lado de la civilización, en precarias condiciones como las de don Jesús, como se llamaba el velador; el narrador lo describe parte por parte como en el siguiente párrafo:

Don Jesús había vivido en un solar donde entre cientos de jacales de paracaidistas, entrando a mano izquierda, estaba el jacal de don Jesús tan en malas condiciones como en todos los demás. (30)

Del mismo modo se presenta la marginación de ancianos deshumanizados y de minusválidos que van quedando en el olvido; es el caso que, tanto el narrador como el protagonista Jesucristo Gómez, señalan en la novela *El Evangelio de Lucas Gavilán*:

El paralítico Gutiérrez era más una víctima que un culpable; víctima de sus propios compañeros ingratos y víctima sobre todo de las mañas corruptoras de una empresa que sabía aprovechar muy bien los resentimientos de un marginado para madrugarle al sindicato en cualquier plan reivindicador. (85)

En este párrafo, además de su primaria preocupación, la narrativa deja ver los intereses de los empresarios ante los trabajadores modernos. En la realidad nacional, la relación del Estado con los empresarios ha sido fundamentalmente económica lo que les ha permitido obtener

ganancias, han sido protegidos contra exigencias de los trabajadores, o apoyados internacionalmente con préstamos a nombre de la nación y donaciones, muchas veces sobreprotegidos, con estímulos económicos o con barreras arancelarias. En contraste, la relación del Estado con los trabajadores del campo y de la ciudad es fundamentalmente política: forman parte del Estado y del Partido de Estado, se reconocen sus organizaciones y sus derechos gremiales, tienen un peso significativo en el Congreso pero sólo reciben ciertas derramas y prestaciones sociales. Por lo tanto, los beneficios económicos de la modernización poco se ven en los trabajadores en general, lo que poco a poco los convierte en contraparte. Este panorama se pone de manifiesto en las obras aludidas de Leñero. Son varios los desheredados que pululan en estas obras muestreadas; la industria de la construcción de la nación demandaba brazos y piernas; la modernización promete un sueño que se hará pesadilla para muchos emigrantes que abandonan sus tierras, porque éstas son sólo un páramo o porque el ejido no estira o por bajos precios de sus productos agrícolas e incluso por lo que *El Evangelio de Lucas Gavilán* ilustra en algún lugar del campo agrícola:

La mayoría eran peones de campo que sólo hablaban en otomí, pero había muchos ejidatarios despojados de sus parcelas en forma de a tiro infame: cuando ya habían preparado sus tierras para sembrar, arrancado las hierbas, aplanado las zonas chipotudas, llegaron los pistoleros del cacique y pa' fuera, cabrones, tienen veinticinco horas para largarse de aquí o aténganse a las consecuencias; algunos pocos no hicieron caso y se quedaron a defender lo suyo, pero amanecieron acribillados a tiros y hasta ahorcados.

[...] Para qué hablar de los jornaleros a destajo, de los peones muertos de hambre, del montonal de familias dejadas de la mano de Dios. (129)

Con el párrafo anterior, Leñero discurre la fuente de individuos que, como sombras, se escurren entre los barrios y pueblan zonas inmensas de las ciudades. Los emigrantes pueblan

también la obra de Leñero en cuestión. Desde “Camino de tierra” donde se lee de los planes de un cambio de oficio: de jornalero campesino para el campo a jornalero albañil para la ciudad:

-Me voy mañana, Gilberto, ya sabes. Allá ganarás buenos pesos. Dile a tu madre; dile que yo te dije, que te vas conmigo porque quieres ganarte la vida como los hombres y regresar al pueblo cuando puedas comprarte calzones. No le tengas miedo, díselo así nomás. A lo mejor hasta te va bien y te llevan a la ciudad. Ahora los albañiles ganan mucho. Ya ves yo, toda mi vida a la cuarta pregunta y ahora me voy a dedicar a la construcción. (39)

La obra *Los albañiles* contribuye igualmente a proyectar ese México profundo cuya carga cultural permea la nueva ciudad en conformación, una población que pinta de colores brillantes las grandes ciudades mientras que éstas siguen importando matices extraños; Federico, arquitecto clasemediero refleja el todavía dominante colonialismo cultural cuando, se expresa sobre los migrantes que vienen del campo:

Los campesinos, los auténticos campesinos, son muy diferentes; alternó con ellos cuando hizo sus prácticas de topografía, en el sur de la república, por eso podía asegurar que son gente buena, que no está maleada y que sobre todo no padece ese complejo de desadaptación tan característico de quienes dejan su pueblo, su pedazo de tierra, y se vienen a la capital deslumbrados por lo que oyen decir o impelidos por la necesidad. (72)

Estos personajes no estaban exentos de los nuevos sueños de la modernización, “la ambición que produce el deslumbramiento y la necesidad de ganar más dinero son los dos móviles de su éxodo” (72). En *El Evangelio de Lucas Gavián* se ilustra también dicho éxodo: “El diablo Samperio se fue a la capital a trabajar en la compañía constructora, y en mucho tiempo no volvió a ver a Jesucristo Gómez” (60).

Esta transformación de la estructura social requería también de un control ideológico, eran personas que consumían y asimilaban cultura. Se hizo, por lo tanto, imprescindible un sistema de control paralelo a un sistema educativo nacional. Ese aparato aplastante ideológico es

también ilustrado a través de la obra de Leñero aquí analizada. A pesar de las fricciones, las diferencias con la Iglesia son superadas, los acuerdos e intereses ideológicos determinaron la nueva alianza para coadyuvar a crear ese “aparato ideológico aplastante.”

El campo de cultivo es propicio ya que la religiosidad de los personajes nacionales muestra la fe practicada. Se trata de una población que recicla desde prácticas religiosas colectivas hasta prácticas individuales, un sistema de ideas entre ibéricas y americanas, entre creencias y supersticiones, entre la religión cristiana y las religiones de ascendencia precolombina, entre la europea y la mexicana. En *El Evangelio de Lucas Gavilán* Leñero recurre a la convocatoria de la deidad indígena, la guadalupana hecha cristiana que le sirve de iniciación a su personaje principal, según el narrador:

La peregrinación fue impresionante para Jesucristo. No sólo aguantó el viaje sin una sola queja, sino que causó admiración por su fervor y entusiasmo entre la parentela de sus padres y los militantes de las corporaciones. (41)

Dentro de ese sistema de ideas, el fervor religioso se manifiesta en sus personajes, muchos de ellos miserables, que buscan ganarse el cielo con penitencia cumplida en vida. Sus personajes caminan entre concurrencias inmensas que invocan la inspiración cristiano-pagana como se ve en *Redil de ovejas*:

El enorme atrio de la insigne y nacional basílica de Guadalupe registró una concurrencia –más de cincuenta mil personas- nutrida y entusiasta, la posición del pueblo de la capital de la República se plantó definitiva y vertical:

¡Cristianismo sí! (18)

Estos personajes desesperanzados esperando que un milagro les cambie su pobreza a cambio de rezos y la evangelización de animales domesticados, presentan un panorama provechoso para la manipulación cultural:

Creí ver a Rosita entre todas las ancianas que llegaron rodando hasta allí para ver, para rezar, para producir un milagro. [...] Explícame de dónde le viene esa tristeza, porque viste tan largo y por qué no sonrío. No habla, ni siquiera nos mira: deja caer sus ojos en el suelo y aguarda resignada cada pausa del viaje que te trae y que te lleva por el barrio. (42)

Muchos personajes son feligreses de la iglesia, pero hay otros cuyo pedestal les favorece para reproducir ideas fanáticas; en *Redil de ovejas*, un sacerdote arenga a los fieles hacia un pensamiento dogmático:

Desde el altavoz:
 Comunismoooooo,
 Noooo, gritó el padre Bernardo levantando el puño.
 Noooo, gritó una mujer protegida bajo su paraguas.
 Noooo, gritó un obrero.
 Noooo, gritó un seminarista.
 [...]
 Comunismo no, Cristianismo sí. (17)

Grupos organizados desde el clero se ven fortalecidos, su activismo y militancia se apoya en prácticas religiosas colectivas donde se manifiestan sus inclinaciones ideológicas. En la misma novela el líder de la asociación de jóvenes católicos ilustra su fervor religioso:

Llegó el momento de responder con violencia a la violencia. [...] Soy católico, grita. Creo en Dios padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Prometo luchar como [ACJM, Asociación “piadosa de extrema derecha] acejotaemero para mantenerme en estado de gracia y trabajar para hacer de México un Méxicooooo, ¡unido!, un Méxicooooo, ¡libre!, un Méxicooooo, ¡católico! (26)

La narrativa evidencia la inspiración internacional de esas arengas del joven militante religioso en la siguiente acta periodística simulada en la misma novela:

El acto se convocó para conmemorar el 70 aniversario de la Carta Magna del Trabajo, lanzada por el Papa León XIII en 1891. Desde ese año, el 15 de mayo es la fecha social por excelencia del mundo cristiano. (28)

Tanto jóvenes seculares reclutados bajo dicha inspiración, como sacerdotes formados en la academia clerical se dan a la tarea de arengar, de manipular la práctica religiosa, la fe de

feligreses ideologizando las necesidades sociales insatisfechas como lo muestra el sacerdote ante católicos adoctrinados:

El comunismo se propone realizar la dictadura inexorable de un solo hombre –decía el último orador, un sacerdote- No es cierto que quieran el mejoramiento del pueblo. No es cierto que amen la paz. (44)

Pero el aparato ideológico aplastante se manifiesta en varios espejos. En *El Evangelio de Lucas Gavilán* dibuja a un sacerdote que denuncia la práctica medicinal milenaria de un curandero, estigmatizándolo primero y provocando la violencia institucional después:

El padre Jiménez lo acusó de andar haciendo pactos con el diablo y luego lo denunció con los de Salubridad. [...] Llegando llegando los de salubridad le destruyeron sus triques, se llevaron sus pócimas, y con amenazas de meterlo en la cárcel le prohibieron seguir practicando curaciones en el pueblo y sus alrededores. (19)

En la misma obra, el aparato ideológico les sirve a personas, a personajes de la narrativa de Leñero, que reciben los beneficios de la complicidad. La docilidad de los más favorece a dichos personajes aprovechándose de la práctica de la fe:

En lugar del dinero, el señor cura recibió un guajolote y dos palomas como paga anticipada por hacer cristiano al niño de María David y José Gómez. El cura hubiera preferido efectivo, porque necesitaba completar el enganche para un terrenito en el fraccionamiento Colina Dorada. (36)

Negocios claros es una vivencia evidente del clero manipulador; aun más, la narrativa extiende su abanico descubriendo las varias formas de control ideológico; una monja, convencida de que su vida de sirvienta del cura no le satisfacía, decide romper con las ataduras eclesiales y renuncia a su vida clerical en la novela de *El Evangelio de Lucas Gavilán*:

–Para servir a Dios no necesitas de un hábito.
 Cuando el señor cura regresó de su viaje con el obispo, la madre Remedios se le plantó delante, muy decidida, y así nomás le dijo que se iba. [...] De la sorpresa pasó al enojo y del enojo a las amenazas.
 -Te vas a condenar. (177)

La crítica a esta manipulación de la fe y complicidad empresarial, en voz del protagonista apunta no a la religión, ni a la Iglesia sino a la jerarquía eclesiástica que de ellas se servía:

-Hipócritas y me quedo corto, bola de cabrones, empresarios de la religión. Presumen de predicar el evangelio y miren cómo viven.

[...]

-No vine a hablar educadamente.

-¿Entonces a qué vino?

-A gritarles lo que son: una bola de mustios interesados nomás en conquistar privilegios, obispados, cardenalatos, poder político. Se han aliado a los explotadores y son cómplices de los... (165)

No obstante, el aparato ideológico ha creado su contraparte, y su presencia se plasma en la narrativa. Y desde la misma Iglesia, los feligreses de la obra literaria adoptan su propia voz, su propia inspiración:

Jesucristo vino a defender a los pobres y a luchar contra las injusticias. Maldijo a los ricos. Combatió a los explotadores. Dio su vida para cambiar este mundo...

Por eso quiero que mi hijo se llame Jesucristo –terminó María David. (24)

Leñero describe un desorden social subordinado a un orden ideológico. Las anécdotas que sus personajes acotan, es la historia de México ilustrada, lo que se va haciendo historia, pero no es la historia oficial sino la historia de los de abajo, los que hacen la historia del país y que luego pasan a ser números en las estadísticas oficiales. Roger Bartra, en su libro *La democracia ausente* (1986), coadyuva a respaldar lo que los personajes de Leñero exhiben, resumiendo el período posrevolucionario, sus primeros cincuenta años:

Que a pesar de todo, la gran crisis económica mundial que se inició en 1929, y que afectó considerablemente a México, puso a la orden del día mucho más pronto de lo que esperaba la necesidad de avanzar en las reformas sociales y económicas que, aun con una orientación capitalista, apuntalasen los cimientos populares legitimadores del nuevo Estado. La facción callista estaba incapacitada para encabezar dichas reformas. Fue

Lázaro Cárdenas, en abierto enfrentamiento con Calles, quien las llevó. Así las grandes nacionalizaciones y los grandes repartos de tierra consolidaron la base campesina y obrera del gobierno y sentaron las bases para el desarrollo de un Estado capitalista moderno. (40)

Así como Leñero ilustra en el plano narrativo la gran alianza entre la Iglesia clerical y las nuevas elites para apuntalar los cimientos populares legitimadores para conformar el Estado posrevolucionario, Bartra afirma que:

Los verdaderos estados mayores de estas fuerzas, que eran la burguesía de Monterrey y la Iglesia católica, pactaron con el gobierno: consideraron que sus intereses serían mejor protegidos y representados, a lo largo, por el autoritarismo del Estado de la Revolución mexicana que por la gestación de un espacio político alternativo de oposición. (41)

En la narrativa analizada se observa, como sugiere Bartra, que “la Iglesia católica y los empresarios fueron construyendo canales de comunicación directos y estables con el aparato de gobierno” (42). Ante esto, Leñero convoca a los practicantes de la fe cristiana a observar la práctica de la jerarquía del clero. Igual que Leñero en las correrías de sus personajes, Bartra asegura que “la Iglesia católica aceptó negociar al más alto nivel la administración de la fe y renunció a todo nexo orgánico con el movimiento político sinarquista [de los años 20]” (42).

La fusión de intereses sociales diversos enfrenta los intereses globales para la conformación de la nación y la búsqueda del progreso. Bartra observa las variables de los pilares, la tradición católica y “la fusión entre conservadurismo tradicional y liberalismo burgués [que] se ha producido bajo la forma de un pragmatismo que sólo pudo desarrollarse gracias a la corrupción, al cinismo y a las prácticas represivas; no es una verdadera fusión” (63). Sumado ello a las prácticas milenarias de las comunidades, se antoja la complejidad de la fusión social ante el autoritarismo gubernamental.

La narrativa de Leñero intenta abordar el asunto de la identidad nacional en el terreno de la cultura, con las realidades sociopolíticas y la correlación de fuerzas dentro del Estado, que no

sólo se expresan como ideología del Estado poscolonial: penetran todos los poros de la cultura y van haciendo un todo indivisible. Sin embargo, Leñero suma su parte a una contraparte que pudiera inspirar el diseño de un nuevo rumbo social, un mundo más introspectivo, un rumbo que mire más hacia adentro antes de voltear a ver hacia fuera. Como Leñero, en sus correrías Jesucristo Gómez intenta crear un mundo menos ilusorio, menos orientado al capitalismo.

Esta contraparte se observa también en el discurso teórico en otras latitudes, como bien lo sugiere Gómez-Martínez cuando analiza la “Contextualización de la teología de la liberación en la narrativa iberoamericana.” En la literatura mexicana también se plasma la “contextualización de la dimensión axiológica del discurso teórico de la liberación.” En el siguiente capítulo, mi estudio se va a ocupar de la contextualización, en la narrativa de Vicente Leñero y de una de las preocupaciones fundamentales de la teología de la liberación, la opción por los pobres.

El Estado en su afán desmedido de cooptar todo pensamiento y organización independiente, deja escasos y angostos márgenes para el desacuerdo; su inclinación por la opción por los empresarios y financieros como única fuente de riqueza, en el contexto de la guerra fría se evidencia tanto en la historia referida como en la narrativa de Leñero. En este proceso Leñero ocupa los márgenes ajustándose; bajo esas circunstancias y esos márgenes angostos y estrechos, la contextualización de su obra resalta.

Pero, ¿cuál es el contexto mundial? La guerra fría permeaba la visión pública, todo desacuerdo se configuraba bajo una óptica de conspiración enemiga, la lucha por replantear los caminos a la modernización era apagada a lo largo y ancho de América latina; no obstante, las voces siguieron buscando eco. En otras latitudes, teólogos confrontaban la realidad histórica del continente; se trataba de dar respuesta a los retos que Leñero reseñaba en su narrativa e

historiadores lo registraban. Se trataba, como Gómez Martínez analizaba, “de una visión iberoamericana del orden mundial, de una confrontación primero, y de un proceso de reconstrucción después, del discurso axiológico del pensamiento occidental, al mismo tiempo que éste se erigía a escala global como portador de valores universales.” En medio de un sordo clamor que brota de millones de hombres y mujeres el Papa Pablo VI, inspirando a teólogos reunidos en Medellín, se dirige a los campesinos de Colombia: “Nos estáis ahora escuchando en silencio, pero oímos el grito que sufre de vuestro sufrimiento,” según obra en los *Documentos de Medellín* (XIV, 2).

CAPÍTULO 2
LA NARRATIVA DE VICENTE LEÑERO,
DOCUMENTOS FINALES DE MEDELLÍN Y LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

Vicente Leñero ha vivido el proceso de reconstrucción del país y los intentos de deconstruir el pensamiento iberoamericano. En el capítulo anterior he mostrado que estudiosos de otras áreas sociales como, González-Casanova, Bartra, Reina y Paoli han señalado ciertos panoramas de las políticas nacionales que Leñero ha vislumbrado en su madurez como pensador. Otros estudiosos, como los teólogos reunidos en Medellín y Gustavo Gutiérrez, han enfrentado el proceso desde diferente ángulo y Leñero, desde la literatura, deconstruye la palabra del Evangelio primitivo, contextualizándolo en las circunstancias históricas de México. En el esbozo anterior he subrayado que la historia, no oficial, de México se estudia también en la obra de Leñero, quien proyecta cómo se vive el conflicto nacional de clases. Y Leñero ha destacado que la lucha de clases es también lucha de culturas tanto en el terreno cultural como en el económico. Por lo consiguiente, pretendo mostrar que Leñero y su obra literaria aquí analizada han jugado un papel sobresaliente dentro del proceso de recuperación del mensaje de Cristo, discurso coincidente con los *Documentos Finales de Medellín* (1968), mensaje de liberación de la esclavitud moderna. Leñero, narrando las circunstancias culturales propias de México, en el que se da una dominación económica y cultural poscolonial, problematiza estas circunstancias particulares, lo que lo ubica dentro de los poseedores con una postura amplia del pensamiento iberoamericano. Sin ser ambicioso, busco ubicar a Leñero como un filósofo universal, aspiración

apremiante que demanda Zea de todos los iberoamericanos. Tanto para Zea como para Leñero, la contemplación de los fenómenos sociales, tanto en sus cambios repentinos y abruptos, como en los suaves y ligeros, no bastaba para ponerse al tiempo de los signos sociales significativos. La realidad social no esperaba más y es en la misma Iglesia, sorprendentemente para muchos, donde también surge el llamado, a ir más allá de la sola contemplación de la realidad social; en la Introducción de los *Documentos finales de Medellín* se plantea inmediatamente la tarea: “No basta por cierto reflexionar, [...] es menester obrar. No ha dejado de ser ésta la hora de la palabra, pero se ha tornado, con dramática urgencia, la hora de la acción” (1).

En América latina se vive la época expansionista del capitalismo y México no es la excepción. Sin embargo, “el proceso de desarrollo lleva consigo abundantes riquezas para algunas familias, inseguridad para otras y marginalidad social para las restantes” (III, 1). Los teólogos en Medellín lo han analizado así en sus documentos. Vicente Leñero ofrece igualmente una perspectiva del camino económico seguido, pero lo hace a través de anécdotas de personajes que pudieran asemejarse a muchos casos ya conocidos en la realidad social. Así como ilustra la vida rural y urbana en varias latitudes y altitudes, también refleja las relaciones humanas, atadas entre sí por un denominador común: la opresión. Paralelamente, en la Introducción a los *Documentos finales* los clérigos reunidos explican que “las estructuras opresoras, provienen del abuso del tener, y del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticias de las transacciones” (2). La obra de Leñero, en efecto, coincide y dialoga con los *Documentos Finales de Medellín*.

Estas novelas conducen a conocer a los personajes en sus vidas, su oriundez. Dentro de estos relatos de vivencias socioculturales, sobresalen los oficios, muchos de origen campesino, emigrantes ellos a núcleos urbanos, pero también las posiciones administrativas: estudiantes,

arquitectos, ingenieros. Bajo la política económica desarrollista, en la vida real nacen personajes como los que se conocen ficticiamente, algunos verosímiles otros inverosímiles como el hombre de corbata de rayas que representa al cuerpo policíaco que procura la justicia en México en la novela *Los albañiles* de Leñero.

Los personajes en la obra estudiada se presentan deshumanizados, cada uno buscándose la vida, atropellándose entre sí, ultrajándose, pisoteándose, cada quien busca su víctima siendo victimario; la escuela de los opresores gigantes se practica cada día, en cada actividad humana, sin importar clase, sexo, cultura, edad. El síndrome del poder jerárquico caracteriza a los personajes de Leñero. El sistema jurídico hace su parte, así que el incumplimiento de la justicia por la corrupción institucional hace de los seres ansiosos y desesperados por alcanzar su justicia por su propia mano. Evidente es la ausencia de la justicia social. Los ciclos se eternizan y se teorizan por letras que se hacen soportes o contrapartes de la nueva forma de explotación. Aunque los opresores por su lado se modernizan también, el pecado, la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión, en una palabra la injusticia y el odio que tiene su origen en el egoísmo humano, siguen imperando en las relaciones humanas, las mismas condiciones de vida que cuando “el mismo Dios quien, en la plenitud de los tiempos, envía a su hijo.” Así se lee en el siguiente párrafo de los *Documentos de Medellín*, así se lee la condición de los protagonistas en las novelas de Leñero:

Es el mismo Dios quien, en la plenitud de los tiempos, envía a su hijo para que hecho carne, venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a que los tiene sujetos el pecado, la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión, en una palabra la injusticia y el odio que tiene su origen en el egoísmo humano. (I, 2)

Desde su primer cuento “La polvareda” se ilustra la deshumanización de un padre hundido en la desesperanza e incapaz de alimentar a su familia, por lo que la abandona:

-Lárgate, no quiero volver a verte...me das asco. Fuera de aquí.
Cogí mi sarape y cruce la rayita de sombra que se había pintado en la tierra. Todavía oí sus gritos y me pareció que lloraba. Esteban salió corriendo de la casa, pero ya no volví. Se me puso delante. Sus ojos, como dos frijoles negros, estaban fijos, enterrados en su cara de tepalcate.

-Papá...

Seguí caminando.

-Papá... ¿A dónde va, papá ? (9)

El pecado, la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión, referidas en los *Documentos de Medellín*, caracterizan a los personajes en la obra de Leñero. Insistiendo en aquellos a quienes el pecado tiene sujetos, en “Camino de Tierra” lo que parecía un desacuerdo sobre el destino laboral de dos trabajadores albañiles, terminó en la deshumanización de Bartolomé al cometer un asesinato:

Lo que sucedió fue que Chava y Bartolomé tuvieron una dificultad con el maestro de obras por razón de un trabajo mal cumplido, y el maestro de obras les suspendió la raya.

[...] Gilberto se bebió el último vaso cuando ya la discusión se había puesto acalorada. [...] Bartolomé agarró su cuchara, [...]

[...] como si fuera un puñal y se la encajó a Chava dos veces. (44)

En este proceso de deshumanización los personajes muestran la asimilación de la marginación, de la pobreza, y la opresión se hace educación formativa; como en el caso del cuento “El castigo” donde un niño abandonado sufre los correctivos de su protectora y a raíz de ello interioriza sus causas:

[...] Una vez yo había oído decir que mis ojos se parecían mucho a los de ella. Pero cuando me vi en el espejo no lo creí. Yo era feo. Tenía la boca un poco torcida y los ojos hundidos. Flaco y sucio. El pelo lacio y parado Quizá por eso Pita no me quería. Porque era feo y no me parecía a mi mamá, aunque ella lo hubiera dicho un día. (26)

En el cuento “Rabia” se dibuja bien el panorama desolador, donde el aislamiento geográfico es sinónimo de aislamiento social, lo que le imposibilita a un hombre sobrevivir a la

mordedura de un perro rabioso; el hambre y la miseria dan cuenta del alcance de la deshumanización de individuos:

Ya habían pasado siete. Siete días de caminar por el cerro con las piernas y los brazos arañados, con los pies deshechos...y ni el rastro del pueblo. Debí haber tomado la vereda grande, por donde subían los arrieros. Se hacen siete días cuando mucho, y eso despacito. Pero yo calculé que por el atajo haría cinco. (17)

La deshumanización caracteriza diversos personajes como en “Lástima,” un cuento sobre unos padres cuyos medios de vida y vivencias precarios no les permiten sanar a su hijo; optan por el abandono del enfermo mental como lo sugiere el diálogo desesperanzador del padre, la pobreza a la que los *Documentos de Medellín* se refieren también orilla a la deshumanización de dos padres:

Un día le dije a David:
 -¿Para cuándo vamos a ver a Felipe?
 David no me contestó.
 -¿No quieres ver a tu hijo? –Le volví a preguntar.
 -¿Para qué?
 -Pare verlo, para ver cómo está.
 -Ya es como si Felipe se hubiera muerto –me dijo. Y luego me dijo que mi compadre decía que todos los que van a La Castañeda ya no salen. Se quedan allá para siempre, como si estuvieran muertos. (59)

En *Redil de ovejas*, la confesión de un ama de casa, fiel a los designios eclesiales muestra la desesperanza y el hartazgo de la vida material y espiritual sin futuro; la ignorancia y la pobreza caracterizan a personajes, características que esclavizan con atavíos la voluntad de fieles: “Estoy harta de la Iglesia, del catolicismo, de confesarme y pedir y pedir a Dios esto y lo de más allá, para qué, al fin de cuentas no me hace caso. No, no me hace caso ni le hace caso a nadie. Le importamos un comino” (21).

El narrador de *Los albañiles* desmadeja la personalidad del asesinado don Jesús, otro personaje que ilustra la ignorancia, el hambre, la miseria de los desheredados documentados en la reunión de teólogos:

- Viejo ladino que sabe ingeniárselas para acariciar a las escuinclas y a los chamacos también.
- hocicón que se bebía cuanto menjurje le pusieran.
- fregado que se quemaba sus cigarros de mota.
- Malhora, con él se podía perder la camisa.
- uña larga.
- putón.
- limosnero.
- mentiroso, pedía dinero para las medicinas de su hija.
- alcohólico. (10)

La deshumanización se presenta generalizada como producto de la estructura social, pero sin conciencia de sus repercusiones, como lo muestra el médico que se niega a atender a una mujer pepenadora, agravada su enfermedad por falta de atención médica, a quien Jesucristo Gómez acompaña en la novela *Los albañiles*. Como se observa en estas vivencias, el desarrollo en que se halla el país y su proceso de “humanización” no alcanza a muchos de los personajes de Leñero, quien se detiene para exhibir a los excluidos de la salud social y así poner en evidencia una estructura social indiferente ante los procesos de marginación a que da lugar:

- No señor, entiéndame –sonrió– Esto es nada más para los asegurados.
- ¿Por qué no lleva a su pacientita al Hospital General?, ahí se la atienden gratis, para eso es.
- El Hospital General es una lata, usted lo sabe, y además ya no hay tiempo. Esa mujer está grave. Si se muere, la culpa será de usted.
- Mía no, eso sí se lo digo. – ¿De quién, entonces? No sé, mía no. En todo caso del sistema. (74)

En la novela *Los periodistas*, cuando la cooperativa Excélsior fue tomada por asalto por la minoría sobornada por el poder presidencial, las inclinaciones personales determinaban hacia qué lado se volcaría la balanza, como lo advierten los *Documentos de Medellín*: el odio que tiene su origen en el egoísmo humano inclinaba la balanza a la injusticia:

Miguel Álvarez Palacios trabajaba en administración pero soñaba con ser periodista y a menudo me llevaba reportes a Revista de Revistas que yo rechazaba siempre por pésimos.

Hoy era su pequeño día de venganza, para él lo mismo que para cuántos más a quienes el resentimiento convirtió en cómplices de una traición y en instrumentos de la ira gubernamental. (213)

En los *Documentos Finales de Medellín* se previene el peligro que conllevan las vivencias en situaciones que los personajes de Leñero retratan: los aislados, los abandonados, las desesperanzadas, los miserables. Al comparar los países de un lado y de otro, condicionan y concluyen: “Si ‘el desarrollo es el nuevo nombre de la paz’ (*Enc. Populorum progresio*, No. 87), el subdesarrollo latinoamericano [...] es una injusta situación promotora de tensiones que conspiran contra la paz” (II, 1). México, como parte del proceso desarrollista latinoamericano, ha padecido la injusta situación promotora de tensiones entre clases y grupos sociales: “[...] realidades que expresan una situación de pecado,” que se ven reflejadas en las peripecias de los personajes en la narrativa de Leñero. Sin duda, lo verosímil de sus anécdotas, por su aspecto testimonial en muchos casos, muestra, como lo sugieren también en los *Documentos de Medellín*: “[...] aspectos que constituyen una amenaza o negación de la paz.”

En la narrativa encontramos frecuentemente ejemplos de esos personajes débiles en la sociedad por su opresión hecha costumbre, tal como lo advierten los teólogos reunidos Medellín, quienes aseguran que existen: “Diversas formas de marginalidad, socioeconómicas, políticas, culturales, raciales, religiosas, tanto en las zonas urbanas como rurales” (II, 1).

Esas formas de marginalidad cultural en la zona rural se personifican en el “Camino de tierra” donde nació Gilberto, hijo de un trabajador de la construcción de la carretera, luego minero y al final terminó enfermo de los pulmones; mientras en vida, marginado marginaba a su esposa de la toma de decisiones:

–Se llamará Gilberto como mi hermano –dijo su padre.
 –Está bien, que así se llame.
 Al séptimo día, la madre de Gilberto dijo:
 –Hay que bautizarlo.
 –Cuando sea más grande –dijo el padre de Gilberto. Tenía ocho meses cuando lo llevaron con el cura. (31)

Pero no sólo la madre de Gilberto, también las esposas y mujeres en general se hallan en situación de opresión. Leñero y Gustavo Gutiérrez abstraen los acuerdos de Medellín y advierten de “la presencia de la mujer, en especial la de las capas populares que se encuentra ‘doblemente explotada, marginada y despreciada’ (*Teología de la liberación*, 21). En la narrativa de Leñero, en *El Evangelio de Lucas Gavilán*, se manifiesta con nitidez el papel de la mujer con la investidura de una monja al servicio del seminario:

Una de las monjas encargadas del servicio doméstico en el seminario entró con una sopera humeante y recorriendo el perímetro de la mesa se puso a servir plato por plato. La atmósfera era silente pero tensa. Hasta que la monja no salió del comedor habló Jesucristo Gómez en respuesta al profesor [...]. (166)

Los *Documentos de Medellín* atestiguan la realidad latinoamericana, y México es un espejo de ello, “desigualdades excesivas entre las clases sociales, [...] pocos tienen mucho [...], mientras muchos tienen poco” (II, 1). Y Leñero lo expone; en su narrativa se ve a los más débiles. La opresión se acomoda, los diversos niveles se ilustran en *Los albañiles*, los pequeños opresores se multiplican. Jacinto, albañil emigrante del campo encara a su contratista, pero a la vez manifiesta su aceptación a ser desigual en el ingreso: “Nos compras como si fuéramos putas, Chapo. Si yo me quedé callado es porque te debo muchas cosas y porque, bueno, está bien, mereces ganar más a nuestras costillas” (218). El personaje Jacinto es “el no persona, es decir aquel que no es valorado [...] con todos sus derechos.” Según teoriza Gutiérrez (31). Reconociendo el mensaje de los *Documentos de Medellín*, esas desigualdades excesivas son cuestionadas también en la obra de Leñero dentro de un proceso pedagógico con tintes

culturales. En el *Evangelio de Lucas Gavilán* el párroco es el objeto de crítica de un Jesucristo Gómez niño cuando en su reflexión educativa cuestiona: “¿por qué el señor cura es tan rico?” (39).

Esa negación de la paz cuando muchos tienen poco se dibuja en las víctimas, en los más pequeños, en los que pueden ser una amenaza para la paz social del futuro: los niños aparecen vejados, negándose a ser buenos ciudadanos ya condenándose como el niño en “Castigo” al ser corregido por su protectora:

Cada vez estaba más enojada y yo sabía que no me iba a perdonar. Nunca me perdonaba. Ella decía que porque yo me olvidaba de mis propósitos de enmienda y seguía siendo un mocoso del demonio. Lo era, efectivamente, y lo sería siempre. No me importaba ser bueno. No tenía por qué ser bueno. (24)

Los *Documentos de Medellín* se percatan de la falta de una práctica de amor en los seres, por eso convocan a la solidaridad hacia los personajes ficticios representativos en Leñero. En su abstracción teológica, Gutiérrez afirma que “el pobre tiene muchas veces una cultura con sus propios valores; ser pobre es un modo de vivir, de pensar, de amar” (23). Leñero ya había percibido ese modo de vivir, cuyo proceso termina en la deshumanización como lo muestra una cara en la familia de Gilberto adolescente en “Camino de tierra”: la ignorancia, el hambre, la miseria en manos de su padrastro lo quiere ver heredando su trabajo en la mina:

-¿No te mojaste?

-No.

Y otra vez el silencio que ahora no se prolongó.

-Dicen que los albañiles ganan bien.

-Eso dicen, pero tu vas a trabajar en la mina con Lorenzo.

-Él es bueno contigo.

-No es mi padre.

Cuando estaban hablando llegó Lorenzo.

Gilberto cayó de costado, cerca del brasero.

Se levantó rápido, pero sólo para recibir otro golpe. Después otro.

[...]

Pero Lorenzo lo siguió golpeando hasta que a Gilberto le sangró la nariz.
(39)

Los *Documentos de Medellín* enfilan su atención a un foco donde crecen los seres de Leñero: la familia, “como primera escuela de virtudes sociales” (III, 3). Los Documentos y Leñero llaman la atención desde diferentes ángulos hacia la primera formación de la sociedad: los niños. En *Redil de ovejas*, un Bernardo niño se resigna ante la vejación de su hermano mayor, su carácter delineado en esa práctica opresiva lo convierte en discípulo de la anciana beata Rosita: la ignorancia, el hambre, la miseria hacen presa de la familia y del futuro del prospecto seminarista:

Lloriqueando lo miraba desde el rincón, sin más arma para defenderme del nuevo ataque que mis malos pensamientos. [...]
Nada más lo pensaba, no lo decía en voz alta, pero él adivinaba y me volvía a agarrar.
[...] Ahora el tormento chino. Éste sí que duele. Prepárese, póngase listo y tieso como los hombres. [...]
-No.
-¡Ah, cómo que no!, venga para acá. (59)

Hombres, mujeres, ancianos y niños viven diversas formas de inseguridad y marginalidad social; personajes que representan aspectos amenazantes para la paz social, porque pocos tienen mucho y muchos tienen poco, parecen ser también la preocupación en la narrativa estudiada de Leñero. Los *Documentos de Medellín* observan a esos personajes verosímiles, cuya situación “exige la instauración de un orden justo” (II, 4) donde la dignidad sea un valor. En esta tónica, en *Los albañiles* se ilustra claramente el abuso a menores; un niño Isidro que vive forzado a trabajar como peón e iniciado en la relación sexual por el velador asesinado. La dignidad no respetada se sabe a través de monólogos interiorizados que surgen mientras el interrogatorio policíaco ocurre:

Desde antenoche tú y yo somos más que amigos, ¿o no? [...]

De nada le valdría ir a los baños a restregarse con zacate, con piedra pómez, con jabón fino, Camay. [...] pero el olor no se iba, era más penetrante cada día como si anduviera envuelto en la cobija deshilachada de don Jesús. (38-40)

En la obra de Leñero se ve la “pobreza real como un mal, es decir, no deseada por Dios,” letras de Gutiérrez, como si éste escuchara de los personajes el llamado a “la solidaridad con los pobres” (27). En la misma novela el viejo asesinado había hecho enemigos a su alrededor y una razón para que lo mataran habría sido que había violado a la amiga de Isidro, adolescente y hermana del plomero:

Nadie escuchará ese grito, gatita brava; grita todo lo que quieras, canija escuincla, nadie te va a oír. Las manchas le llenan de manchas la cara. Una de sus trenzas, deshecha, resbala por delante hasta el rasgón de su vestido de florecitas deshojadas. (165)

En la reflexión de Jesucristo Gómez cuando era niño, en *El Evangelio de Lucas Gavilán*, aborda el tema de opresión a los más débiles. Experiencias vivas y reflexión heredada de su madre que le darían motivo para sus correrías: “¿Por qué doña Mercedes les pega a sus hijos?” (39).

Gutiérrez señala que “la Biblia, desde el relato de Caín y Abel, está marcada por el amor de predilección de Dios por los [...] maltratados de la historia humana” (29). Leñero exhibe a esos maltratados: a los enfermos, los indigentes que resultan del subdesarrollo de este país, los muertos por aislamiento, por falta de atención médica. Es en “Rabia” donde muere un campesino por falta de una inyección antirrábica:

El perro se me entró por las piernas y por los brazos y mis manos se abrieron llenas de fuerza. Ya no estaba cansado. Podía correr. Podía llegar al pueblo. Ahí estaba el pueblo repleto de agua. Ahí estaba la casa de don Ramón con la jeringa preparada... ‘Inyécteme, don Ramón, rápido, rápido’.
Y seguí corriendo como perseguido por miles de perros. (18)

Los seres-objetos en la obra analizada en este trabajo cobran vida para amenazar la estabilidad: los personajes de Leñero actualizan así en la realidad vivida la “Reflexión doctrinal sobre la visión cristiana de la paz” que se desarrolla en los Documentos de Medellín:

La paz es [...] obra de justicia, supone y exige la instauración de un orden justo en el que los hombres puedan realizarse como los hombres, en donde su dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocido, su libertad personal garantizada. Un orden en el que los hombres no sean objetos, sino agentes de su propia historia. Allí, pues, donde existen injustas desigualdades entre hombres y naciones se atenta contra la paz. (II, 4)

Y en *Redil de ovejas* la anciana Rosita, marginada, nunca sujeto de su propia historia, “murió sola, sin recibir la extremaunción.” Bernardo, su discípulo ya ordenado sacerdote, supo que “unos ladrones [...] se metieron a su vivienda y la golpearon bárbaramente. [...] La encontraron con vida, la medio curaron, y todavía regresó a su cuartucho. Allí murió” (158). Don Jesús velador asesinado de *Los albañiles* es epiléptico, además de enfermo mental. En *El Evangelio de Lucas Gavilán* dos indigentes hombre y mujer completan el cuadro de los habitantes donde nace Jesucristo Gómez, forman el contingente de los no persona a quienes hacía referencia Gutiérrez:

Simeón Terrones era ciego. En el pueblo decían que estaba loco nada más porque le daba por gritar letanías a media calle y a veces dentro de la misma iglesia. [...] Ana la caraja era tan vieja como Simeón Terrones y tenía fama de bruja. El apodo le venía de años atrás: de cuando asustaba a las chiquillas del pueblo con la amenaza de llevárselas al infierno. (37)

Un orden social en el que los personajes son objetos. La lectura de Leñero muestra la historia económica de los que la padecen, los seres objetos, pero también de los que la disfrutaban como en *Asesinato*. Es reflexión iberoamericana porque nunca deja de ver a los desamparados y a los oprimidos por alguna razón. Se trata de seres humanos en su compleja madeja, atrapados

entre pensamientos fatalistas y actitudes desesperanzadas así como la práctica de una religiosidad mezclada de resabios milenarios de dos religiones.

Faltos de una cultura política, los personajes de Leñero sufren el incumplimiento de la justicia desde las mismas instituciones, incrementando de esa manera la desconfianza en los medios del Estado para procurar justicia. Al igual que en Leñero, En los *Documentos Finales de Medellín* se destaca la violación de derechos fundamentales en el siguiente párrafo, dejando ver la violencia institucionalizada:

El cristiano [...] no deja de ver que América latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada cuando, por defecto de las estructuras de la empresa industrial y agrícola, de la economía nacional e internacional, de la vida cultural y política, “poblaciones enteras faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política (*Enc. Populorum progresio, No. 30*), violándose así derechos fundamentales. (V, 8)

En la novela *Los albañiles* hay un asesinato, el miserable velador muere en manos de alguno de tantos ofendidos. Tantas razones para matarlo se habían acumulado ya en los trabajadores de la obra que la misma narrativa no permite adivinar quién es el culpable. Las interrogaciones policíacas ayudan a desarrollar la obra, a conocer a sus personajes y la deshumanización del velador; asimismo a conocer las técnicas de la policía judicial para descubrir un crimen: las amenazas, la tortura, el chantaje son unas de las técnicas aplicadas. Los detectives, juntos, expresan su abulia para resolver el crimen: “a nosotros no nos apura nada de nada: al primer cabrón le cargamos el muerto” (242). Es una novela que exhibe la inoperancia de la policía en la resolución de crímenes. Por ello son cómplices de la opresión: Los *Documentos Finales de Medellín* reaccionan ante tal pasividad y acusan firmemente:

Son, también, responsables de la injusticia todos los que no actúan a favor de la justicia con los medios de que disponen, y permanecen

pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción eficaz. (II, 6)

La opresión institucional es policíaca pero también corre a través de instituciones encargadas de verificar la salud social, que con el mismo apoyo policíaco aterran la vida cultural y reprimen iniciativas y suprimen responsabilidad social; tal es el caso de un curandero en *El Evangelio de Lucas Gavilán* denunciado por el cura del pueblo de andar haciendo pactos con el diablo:

Llegando llegando los de salubridad le destruyeron sus triques, se llevaron sus pócimas, y con amenazas de meterlo en la cárcel le prohibieron seguir practicando curaciones en el pueblo y los alrededores: cuidadito cabrón, si te agarramos otra vuelta te chingas en la cárcel de aquí hasta que mueras. (19)

Los grupos renuentes al cambio se vislumbran por doquiera, lo cual se denuncia ya en los *Documentos Finales de Medellín*, y Leñero lo deja traslucir en su novela *Los periodistas* al describir su trabajo de reportero del periódico *Excélsior*. En los *Documentos Finales de Medellín* se habla de formas de opresión de grupos y sectores dominantes: “[...] estos grupos o sectores, con excepción de algunas minorías, califican de acción subversiva todo intento de cambiar un sistema social que favorece la permanencia de sus privilegios” (II, 2). En México, Leñero experimenta y atestigua la intromisión de esa minoría, de esa presión que califica las críticas como traición a la patria. Para corroer el trabajo del periódico, la novela reseña cómo desde el poder presidencial se practica el cohecho, el soborno, el chantaje; en resumen, la violencia institucionalizada:

El embuste institucionalizado podrá forrar de billetes a los reporteros o alguno que otro colaborador y conseguir la infiltración de notas y artículos pagados, pero jamás corromperá a los Migueles (31).

Como en la novela *Los periodistas*, en los *Documentos Finales de Medellín* se lee que: “[...] algunos [...] recurren [...] al uso de la fuerza para reprimir drásticamente todo intento de

reacción” (II, 2). Un ejemplo de esta situación se relata en *Los periodistas*, al narrar como el 8 de julio de 1973 el periódico *Excelsior* sufría una embestida institucional. A los intentos de “un nuevo camino y una nueva forma de hacer un periodismo de verdad autónomo, libre” (394), como aspiraba el director de la empresa cooperativa Julio Scherer; se antepone el servilismo que desde la presidencia se promovía, como se manifiesta en el diálogo del director con el presidente: “No me importa, qué remedio. Pero tantas atenciones que tuve y así me pagaste” (326). El poder central, presidencial, prefería “las ventas y compras de columnas hasta que Julio [Scherer] acabó con esa costumbre” (73). Pero para acabarlo buscaron todo tipo de justificaciones, como lo atestiguan los teólogos en Medellín y Leñero en esta novela: “Les será muy fácil encontrar aparentes justificaciones ideológicas (v.gr. anticomunismo) o prácticas (conservación del ‘orden’) para cohonestar este proceder” (II, 2).

Leñero hace resaltar la brecha que se extiende entre grandes sectores sociales, brecha que será paliada por una religiosidad represora promovida desde la jerarquía eclesial. En la narrativa señalada, objeto de mi estudio, la violencia institucional se hace acompañar de una religiosidad manipulada desde la práctica de una fe cristiana dogmática; la formación del niño en “Castigo” ilustra la ignorancia y la miseria de la protectora pero, además, exhibe la educación represora del personaje adulto en su intento por enmendar al “mocosito del demonio,” quien en su angustia prometía enmendarse:

-¡No, Pita, no!

-¡Ándale!

-Me portaré bien. Comeré todo. Si quieres me quedaré sentado toda la tarde en una silla sin moverme. O dormiré sin cobijas. O no tomaré dulce durante el tiempo que quieras. (26)

Ante la agresividad de los seres que fomentan una educación opresora, los *Documentos de Medellín* insisten que “la paz con Dios es el fundamento último de la paz interior y de la paz

social. Por lo mismo, allí donde [...] no existe [...] donde se encuentran injustas desigualdades [...] hay un rechazo del don de la paz del Señor” (II, 5). Parecen exhortan a realizar un esfuerzo de formación, de pensamiento y de asociación de la sociedad. Leñero muestra la desasociación de la sociedad en la formación de los niños cuando la protectora en “Castigo” corrige según cuenta el mismo protagonista:

-Te lo advertí...
 -¡No! ¡No! No lo volveré hacer. De veras que no lo volveré hacer. Me cogí con todas mis fuerzas de su falda, pero sus manos no me soltaban. Sentí sus uñas.
 -Perdóname, Pita, perdóname.
 -Te lo advertí.
 [...]
 ¡No! ¡No!
 -Me estás cansando la paciencia, mocoso del demonio. (23)

Los castigos en el cuento “Castigo” son ilustrativos de lo que se prevé será el futuro ciudadano. Leñero en su narrativa y los *Documentos* en la teología dirigen su atención a seres humanos a quienes Dios: “Envía a su hijo para que [...] venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes” (I, 2). Los poderes de la opresión, las diferentes manifestaciones de opresión crean al no persona: el niño en su monólogo interior manifiesta lo que la sociedad puede esperar de él por esa falta de amor; su protectora lo educaba con mano dura; sin amor no se alcanza a realizar la “justicia en el mundo” que se proclama en los *Documentos de Medellín* (I, 2):

Me empujó hacia lo oscuro y luego cerró la puerta. Un poquito más y me hubiera machucado la mano que yo saqué en mi último intento. Entonces lloré, lloré muy fuerte pegado a la puerta, hasta que me cansé de llorar. (26)

Gutiérrez sugiere la postura, ante prácticas represoras formativas acompañadas de la fe religiosa: “nada más lejos de nosotros que defender acá un espiritualismo que sirva de refugio ante los sinsabores y los sufrimientos cotidianos” (35). En *Redil de ovejas*, se observa la

retroalimentación educativa, indiferente en adultos formados en seminarios católicos, bajo una práctica religiosa que se ocupa de la liberación espiritual del sufrimiento terrenal. Seres sin dinamismo que los mueva a buscar la justicia social. El narrador describe una reflexión de un encargado de fortalecer la armonía interna de los fieles del catolicismo tradicional:

Obligado a permanecer allí hasta la emisión de la última palabra, luchaba por dominar el sueño y encontrar traducción a encadenamiento de vocablos en desorden, origen de un idioma sin gramática. (7)

En la obra de Leñero, la práctica religiosa de dimensión sólo espiritual no sólo se observa en los fieles, sino en los poderes religiosos locales también. Estos lejos de “insistir en una seria formación espiritual, teológica, profunda y continuada, armonizada con el cultivo y aprecio de los valores humanos” (XII, 4) como se propone en los *Documentos de Medellín*, buscaban la comodidad de la abulia y la indiferencia. Leñero atrae la atención a la actitud de personas en las cuales sobresale la voz de sacerdotes tradicionales. En la novela *Redil de ovejas*, un sacerdote, que sufre el trabajo de las confesiones de los incidentes de cada día de una devota, en un monólogo interior expresa sus adentros:

[..] Y hace como que llora, arrepentida mientras yo pienso: son criaturas de Dios, animalitos.
Así todas las mañanas de todos los días, soportándolas por obediencia a su condición de siervo a quien no le está permitido desesperarse. (9)

Ningún esfuerzo de formación de un pensamiento, mucho menos de asociación con la sociedad, parece surgir en la confesión de un sacerdote joven en la misma narrativa; Leñero busca muchas veces describir esta problemática síquica de sus personajes, cuya dimensión humana se pierde:

Cuando dije fastidio no me estaba refiriendo al hecho simple de confesar ratas de iglesia, sino a los verdaderos problemas de la confesión; mejor dicho del penitente común. Me equivoqué, la palabra fastidio estuvo mal empleada; lo que yo quise decir es que resulta verdaderamente triste para cualquier sacerdote pasarse la vida perdiendo el tiempo, vaya, es un

decir, yo sé muy bien que no es perder el tiempo, porque la confesión, etcétera, etcétera. (9)

La desasociación de la sociedad, la falta del “dinamismo que debe mover a los cristianos a realizar la justicia en el mundo” (II, 2), según se desea en los *Documentos de Medellín* se observa en el siguiente monólogo interior del sacerdote joven que no encuentra salida a su falsa vocación:

Dejé casa y familia. Volví las espaldas al mundo para ser instrumento de conversión. No puedo conformarme. Soy un hombre fiel a la palabra empeñada a Dios. Ya sé que es orgullo y que estoy equivocado, pero todo lo que pueda decirme ya me lo he dicho a mi mismo. (12)

El narrador coadyuva a reflejar la falta de dinamismo de los cristianos formados bajo la interpretación tradicional; un auxiliar del sacerdote que vive sujetado a los otros sujetos: “Ahí está, la segunda llamada para la misa de siete y media que él habría de oficiar asistido por Gonzalo, el sacristán mecanizado a quien nada le preocupa” (13).

La mentalidad impasible toma el lugar del dinamismo en varios personajes religiosos. Como se ve en el *Evangelio de Lucas Gavilán* donde se describe la religiosidad deformadora, la religiosidad represora en mujeres devotas cuando uno de los protagonistas de la novela nace:

Le llegó el tiempo de dar a luz y tuvo un varoncito, todo el pueblo se alegró con ella. Hasta las beatas de la iglesia la felicitaron. Piedad y Leonor fueron las primeras en ir a verla:
 -A tu edad es un milagro- cacareó Piedad.
 -Tienes que darle gracias a Dios-Chilló Leonor.
 -Ahora estás obligada a cumplir todas tus mandas porque si no te va castigar la Virgen- volvió a cacarear Piedad.
 -Se te puede morir el niño si no cumples tus promesas- volvió a chillar Leonor (25).

La formación fanática del individuo se plasma por igual en *Los albañiles* mientras ocurre el interrogatorio para averiguar quién mató al velador; el riesgo de mentir conlleva el riesgo de

enemistarse con la Virgen, so pena de sufrir los castigos de la santísima, de acuerdo a su educación religiosa, a su religiosidad represora:

[...] pero no se puede mentir. Menos cuando uno pone de fiadora a la Virgen del Sagrario. Con ella hay que andarse con cuidado. No se le pueden hacer trampas a la Virgen. Lo sé por experiencia. Ya me sucedió. (210)

La práctica religiosa represora aborda los diversos campos de la vida; desde la abulia del seminarista, pasando por la envidia de las mujeres, asimismo se inserta en los vida de trabajadores. La religiosidad no evita la desasociación de individuos quienes se exhiben crudamente a través de la mediocridad y la irresponsabilidad en la misma obra en construcción; las ideas cristianas y el temor a la Virgen no son suficientes para alejarlos del pecado:

El Chapo me aconsejó que yo ideara cosas parecidas para fregar al Nene, hasta me dio ideas. Pero para decir verdad nunca me atreví. No le hice nada; como que se me fue bajando el coraje, una que otra fregadera como levantar chueco un muro, o tapar a medias el hoyote de atrás, echándole antes agua y poniendo dos tablas falsas. Venía yo recorriendo la obra con el ingeniero; yo pasaba delante, por un ladito, y le hacía una sena para hacerlo voltear para arriba mientras él pisaba las tablas. Rájale hasta dentro. (208)

Vicente Leñero enfoca lúcidamente su atención a ese sector creciente que se multiplicaba a la cola del desarrollo industrial: los albañiles, los obreros de construcción que levantaban el nuevo México. Un sector económico representado por las figuras en los trabajadores de la obra, de quienes el narrador cuenta su actuar. Los albañiles son relevantes en la sociedad en construcción: La modernidad, la industrialización del México moderno, el país en vías de desarrollo de la década de los sesenta. Los resultados de la gran Alianza para el progreso se vislumbra en esta obra de Leñero: *Los Albañiles*. Y dentro de ella se rememoran los orígenes sociales y étnicos.

La averiguación judicial en esta novela con tintes detectivescos conduce a conocer a los personajes en sus vidas, su oriundez al testificar en relación al asesinato del mismo don Jesús; y en la narrativa se ve la desolación en que viven. Dentro de estos relatos de vivencias sociales, sobresalen las posiciones administrativas: estudiantes, arquitectos, ingenieros. Una burocracia por encima de la práctica del conocimiento empírico de los trabajadores, ilustra el planteamiento sobre el papel de la educación para generar conciencia de las necesidades:

El ingeniero Zamora no entendía por qué después de tres horas, su hijo (ocho en estabilidad, nueve en concreto) seguía sin acertar a distribuir en un terreno de ocho por quince una casa de tres recamaras-cocina-baño-medio baño-sala-comedor-jardín-servicios, ni por qué cambiaba de conversación cuando le sugería que ya fuera pensando en trabajar a su lado para ir haciéndose de conocimientos prácticos que únicamente se obtienen en el terreno, alternando con los albañiles. (63)

El narrador deja plasmado en un enunciado la resolución a ese dilema mientras describe la problemática del hijo del ingeniero Zamora, quien estaba a cargo de la obra donde el velador es asesinado; Por un lado, el narrador describe a un ingeniero de cincuenta y tres años, nacido en la revolución (63), padre y sujeto de su propia historia, “manejador con visión en el complejo mundo de los negocios donde los conocimientos teóricos deberán aunarse a los conocimientos prácticos (64). Por otro lado, en contraste, la figura del hijo moderno, un nuevo arquitecto aparece como representante de capas de las nuevas generaciones, representando los nuevos vicios educativos en la nueva era del México moderno. La explicación vino de su amigo De la Garza quien había pasado los exámenes por Federico, el hijo arquitecto de la modernización, a cambio de remuneración: “nunca supo lo que es tener que partirse el lomo como una bestia para ganarse unos cuantos centavos y poder seguir estudiando. A ti todo te lo han dado mascado, pinche hijo único” (67).

El contraste del ingeniero padre y el ingeniero hijo muestra los resultados de la educación. Esta toma de conciencia no se desarrolla en sus primeros cuentos; en ellos empieza planteando la alienación del individuo debido a las circunstancias que forman o mejor dicho deforman a los personajes en su sociedad, como lo hemos ido desarrollando hasta ahora. La contraparte va surgiendo lentamente tanto en las letras de Leñero como en la vida diaria de sus personajes. Mi estudio indica que es en sus novelas donde se empieza a desarrollar la propuesta, novelas en las que persiste aún el planteamiento del problema, la denuncia de las circunstancias que hacen del individuo un objeto, un miserable, un atrapado en sus circunstancias, un niño sin amor en el camino al infierno terrenal, pero en las cuales se hace también presente una toma de conciencia. Como se señala en los *Documentos*, en la década de los sesenta la situación había llegado a niveles intolerables en cuanto a la insatisfacción acumulada en grupos, la conciencia histórica en muchos, descontento en sectores oprimidos ante el olvido desarrollista:

Hoy el problema se ha agravado porque habéis tomado conciencia de vuestras necesidades y de vuestros sufrimientos, y...no podéis tolerar que estas condiciones deban perdonar sin ponerles solícito remedio' (*Pablo VI, discurso a los campesinos en Mosquera, Colombia, agosto 23, 1968*). (II, 2)

Es en el *Evangelio de Lucas Gavilán* donde la creciente toma de conciencia se da en los protagonistas aunque el fin parezca trágico y pesimista ya que uno de los protagonista muere sin alcanzar sus metas objetivas de ver un cambio de estructuras que beneficien o mitiguen la miseria de la sociedad. Se trata de una novela con un final abierto y un comienzo claro; desde el inicio de la novela:

Desde chiquillo Juan Bautista dio señales de ser un tipo inquieto, muy avisado. Cuando murieron sus padres se fue del pueblo sin decir a dónde. Algunos dicen que se fue a la ciudad y allá se volvió gente instruida; al parecer entró al seminario por recomendación de un cura amigo, pero colgó los hábitos antes de empezar el teologazo. (27)

El narrador da a conocer a sus personajes y muchas veces pasa por alto los medios por los que algunos de ellos alcanzan tal o cual actitud o postura. Como muestra el párrafo anterior. Pero esa ausencia resalta todavía más el tema en cuestión: la toma de conciencia. El narrador presenta actividades externas, aunado al espíritu de solidaridad, como circunstancias que coadyuvan a la toma de conciencia de la que habla los *Documentos de Medellín*. El narrador destaca en el proceso educativo la experiencia vivida, frente a la educación formal. Así el caso de Juan Bautista, el mismo protagonista del párrafo arriba de *El Evangelio de Lucas Gavilán*:

Vivió como dos años en el norte con un pariente, y el pariente se lo llevó de bracero al otro lado; allá vivieron la de cosas: lucharon por la causa de los chicanos, sufrieron cárceles y hambres, y terminaron deportados. (27)

El personaje principal de la obra *El Evangelio* parece ser la punta del iceberg, la contraparte formada en esos cincuenta años de desarrollo para unos, y el olvido, la marginación y la pobreza para otros. La toma de conciencia de las necesidades y de los sufrimientos parece resumirse en Jesucristo Gómez quien pugna por poner solícito remedio, como afirmaba Pablo VI en su discurso a los campesinos en Mosquera, Colombia, el 23 de agosto de 1968; Jesucristo Gómez y Juan Bautista ejemplifican la reconstrucción del pensamiento iberoamericano; su iniciación es evidente:

Sin descuidar sus estudios ni sus idas a la iglesia, empezó a aprender el oficio de José Gómez; lo acompañaba a las obras, le servía de mandadero, luego de peón. En el pueblo cobró fama de listo y trabajador como pocos muchachos de por ahí.

-Será un buen albañil como su padre –decía la gente.

-A lo mejor se mete al seminario, siempre está hablando de Dios. (46)

En Conclusiones pastorales los *Documentos de Medellín* sostienen lo que debería ser el papel de los pastores de la Iglesia. Desde el inicio de la obra *El Evangelio de Lucas Gavilán*, un protagonista llamado Juan Bautista parece seguir los mismos planteamientos de los teólogos en la reunión de Medellín, cuando afirman:

A nosotros, pastores de la Iglesia, nos corresponde educar las conciencias, inspirar, estimular y ayudar a orientar todas las iniciativas que contribuyen a la formación del hombre. Nos corresponde también denunciar todo aquello que, al ir contra la justicia, destruye la paz. (II, 7)

Por su lado, el narrador omnisciente en la novela describe por lo que esos personajes se caracterizan; su discurso contestatario, su denuncia de todo aquello que va contra la justicia, contra las personas que defienden el sistema de cosas desigual, heredado de ese nuevo progreso, excluyente, que cubría ya varias capas sociales del país, como los *Documentos* lo sugieren:

Juan Bautista no tenía pelos en la lengua. [...] se dieron cuenta de que el hijo del sacristán no obedecía consigna alguna de iglesia, grupo o partido cuando se lanzaba a gritar sus verdades a cuanto funcionario, cacique o sacerdote se le ponía a tiro. A los riquillos les echaba su cantaleta. (50)

La narrativa de *El Evangelio* recorre múltiples regiones del país; por lo tanto, los personajes entablan diálogo con diversos sectores sociales en dichas correrías. Lo mismo se hallan en una comunidad rural que en un sindicato como siguiendo los preceptos de los *Documentos de Medellín*:

En Sultepec de Pedro se logró que el gobierno del Estado pusiera un hasta aquí al cacique de la región; en la zona de San Felipe del Progreso hicieron renunciar al presidente del comisariado ejidal; en las intermediaciones del estado de Querétaro invadieron tierras de un latifundista y consiguieron el reparto. Un párroco ricachón estuvo a punto de ser linchado por el pueblo enardecido. (51)

De la misma manera se lee de sus intervenciones con obreros: “Al líder sindical de una fábrica de la Industrial Vallejo lo agarraron en negocios chuecos y le aplicaron la cláusula de exclusión” (51). Sus iniciativas contribuyen a mejorar las condiciones de nuevos asentamientos en la ciudad: “se obtuvieron casa para paracaidistas de los alrededores de San Juan de Aragón.” o lo mismo arremetían contra el comercio monopolizador: “Un acaparador de granos, Regino Pantoja, fue a dar a la cárcel. Todo lo hicieron los del Frente Común [...]” Su papel de educar las conciencias, inspirar, estimular y ayudar a orientar todas las iniciativas no cesa en la obra *El*

Evangelio de Lucas Gavilán como en el siguiente párrafo que trata el planteamiento de la cuestión agraria:

Le llegó un grupo de agricultores, pequeños propietarios:
 -nos gusta lo que anda diciendo y quisiéramos colaborar.
 -Repartan sus tierras, carajo.
 -Aquí no hay nada que repartir, mire usted. La tierra es del que la trabaja.
 -También del que la vive –dijo Juan. (51)

Las personas a las que se refiere los *Documentos de Medellín*, personas que conforman amplios sectores sociales mediatizados por el sistema excluyente, son también plasmadas en la narrativa cobrando vida; así como se lee en el siguiente párrafo sobre:

Frustraciones crecientes: [...] clases medias que, [...] entran en un proceso de desintegración y proletarización” (II, 2). En *El Evangelio de Lucas Gavilán* a Juan Bautista:

Le llegaron los empleados de la presidencia municipal de Ixtlahuaca:
 -Nosotros trabajamos para el gobierno, no tenemos la culpa de las injusticias, ¿Qué podemos hacer?
 -Traten bien a la gente, no se hagan tarugos, no agarren mordidas. (52)

Para una praxis educativa, los *Documentos de Medellín* proponen la responsabilidad del clero cristiano ante la sociedad: “Nuestra misión es [...] ayudarles a percibir a las responsabilidades de su fe, de su vida personal y en su vida social” (I, 3). También Juan Bautista intenta ayudar a que los soldados perciban su responsabilidad en la vida social:

-Le llegaron cuatro soldados de la zona militar:
 -Nosotros nomás cumplimos órdenes.
 -No cumplan las que no deban cumplir. Si los mandan chingar a un inocente, no lo chinguen. (52)

Tanto la narrativa de Leñero como los *Documentos de Medellín* tratan el asunto de la violencia. Los excluidos viven la violencia cotidiana, económica y social. Las calles y las obras de trabajo son escenarios de las luchas por la sobrevivencia; la opresión de unos sobre otros, de unos sobre otros se generalizan y crecen contrapartes contestatarias. En los *Documentos de*

Medellín y en la narrativa presentada se trae a colación lo que en muchos se vive: el problema de la violencia contestataria. En un documento del mismo nombre, los teólogos en Medellín abordan el asunto con la siguiente premisa:

Nadie se sorprenderá si reafirmamos con fuerza nuestra fe en la fecundidad de la paz. Ése es nuestro ideal cristiano. La violencia no es cristiana ni evangélica (*Pablo VI, Mensaje de 1 de enero de 1968*) El cristianismo es pacífico y no se ruboriza de ello. No es simplemente pacifista, porque es capaz de combatir. Pero prefiere la paz de la guerra.

[...]

Si bien es verdad que la insurrección revolución puede ser legítima en el caso “de tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país,” ya provenga de una persona ya de estructuras evidentemente injustas, también es cierto que la violencia o “revolución armada” generalmente “engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. (II, 5-6)

Mientras, en *El Evangelio de Lucas Gavilán* el planteamiento se exhibe en una descripción del narrador y un diálogo entre los activistas del Frente común:

Tal era el éxito del Frente común y tal entusiasmo de la gente que algunos líderes locales empezaron a darle vueltas a la idea de convertirlo en un partido político para lanzarse a la lucha electoral o de plano a la revolución. “El mero mero tenía que ser, desde luego, Juan Bautista.

-No no- cabeceó Juan Bautista-, yo no sirvo para encabezar un alzamiento, ni me digan.

[...]

-¿Y dónde está ese cuate?

-Ya vendrá –decía Juan Bautista-, ya vendrá. (52)

Sin embargo, tanto en los *Documentos de Medellín* como en *El Evangelio de Lucas Gavilán* se pone de manifiesto la relevancia de un principio humano ante todo: el fomento del beneficio común como contrapeso para evitar la resolución violenta, “para los cristianos tiene una importancia particular la forma comunitaria de vida, como testimonio de amor y de unidad” (VIII, 3). Asimismo, en la novela *El Evangelio de Lucas Gavilán* Juan Bautista:

Organizó en San Martín el Grande [...] a nuevos miembros, durante una sencilla ceremonia, que la pertenencia al movimiento los obligaba a un

cambio de actitud. En lugar de pensar en necesidades y beneficios personales debían buscar ahora el beneficio común y llevar esa búsqueda hasta sus últimas consecuencias. Estaban viviendo la madrugada de una revolución. (54)

En un documento sobre el amor y la justicia en El Reino de Cristo, los *Documentos Finales de Medellín* explica la importancia de llevar el progreso a los confines de la sociedad y el país, la importancia de incluir a los excluidos como interés del Reino de Dios:

No confundimos progreso temporal y Reino de Cristo; sin embargo, el primero en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana interesa en gran medida al Reino de Dios. (I, 2)

Los intentos de acercar a los excluidos a los beneficios del progreso es una dinámica de los protagonistas en *El Evangelio de Lucas Gavilán*; las gestiones resultan en beneficios comunes. Los éxitos de las luchas se multiplican en las anécdotas de los Juanes y Jesucristos, aunque efímeros no dejan de ser constantes. Tal es el caso de Jesucristo quien, buscando que sus amigos los pepenadores reciban seguro médico, decide averiguar los procedimientos para conseguir tal beneficio, con el doctor del hospital:

-¿Cómo se le hace para asegurar a todos los pepenadores?

-Está difícil.

Nada más dígame cómo se le hace.

[...]

Ciertamente no estuvo fácil. [...] anduvo Jesucristo Gómez de vuelta y vuelta de las oficinas centrales del Seguro Social a la cámara de diputados.

[...] Al fin se presentó en Iztapalapa con la buena noticia. (76)

Los protagonistas no dejan de prestar “su ayuda a los desvalidos de cualquier tipo y medio social, para que conozcan sus propios derechos y sepan hacer uso de ellos” (I, 7) como sugieren los *Documentos de Medellín*. Trabajadores, obreros pero también mujeres son parte del interés de los protagonistas de *El Evangelio de Lucas Gavilán*. No falta quien busque una orientación, como en el caso de un agente viajero cuya hija había sufrido su abandono:

La pobre terminó huyéndose con un mecánico que la abandonó a los dos meses y la dejó cargada el infeliz. Yo le puse una golpiza espantosa.

[..]

Cuatro días pasó Clarita Jordán en el hospital y dos semanas permaneció Jesucristo Gómez con sus discípulos en la ciudad de Jalapa. El maestro visitaba a diario a la muchacha; hablaba con ella largamente, la enseñó a sonreír, la convenció de que entrara a estudiar en la prepa.

-No hables con nadie de los pasado –le dijo la última vez, al despedirse-, todo es futuro, acuérdate. (126)

Con gestiones y diálogo para resolver las controversias surgidas por el desigual desarrollo, los personajes principales de *El Evangelio de Lucas Gavilán* proponen la resolución pacífica. Así se desprende de la resolución de los conflictos, como hemos venido detallando, tanto en el terreno rural, sindical, de los indigentes, como contra el comercio monopolizador, así como el asunto de la distribución de la tierra, sin olvidar el sector de la burocracia y los militares. De este modo se propone que la toma de conciencia precede a la resolución, ese cambio profundo, desde adentro de cada uno. Es el que reclama el discurso de Juan Bautista primero y Jesucristo Gómez después, ambos protagonistas de la novela.

Los *Documentos de Medellín*, en su parte sobre la Educación, sugieren igualmente la educación liberadora coincidiendo así con los protagonistas de *El Evangelio de Lucas Gavilán* ante la problemática social que viven los personajes de Vicente Leñero en las obras en cuestión:

Existe en primer lugar, el vasto sector de los hombres “marginados” de la cultura, los analfabetos, y especialmente los analfabetos indígenas, privados a veces hasta del beneficio elemental de la comunicación por medio de una lengua común. Su ignorancia es una servidumbre inhumana. Su liberación, una responsabilidad de todos los hombres latinoamericanos. Deben ser liberados de sus prejuicios y supersticiones, de sus complejos e inhibiciones, de sus fanatismos, de su sentido fatalista, de su incomprensión temerosa del mundo en que viven, de su desconfianza y de su pasividad. (IV, 1)

Tanto en las reflexiones de Juan Bautista como en las de Jesucristo Gómez se plasma el sentido humanista y cristiano de la educación. La propuesta de los teólogos reunidos en Medellín se encamina hacia la misma dirección:

Nuestra reflexión sobre este panorama, nos conduce a proponer una visión de la educación, más conforme con el desarrollo integral que propugnamos para nuestro continente; la llamaríamos “la educación liberadora”; esto es, la que convierte al educando en sujeto de su propio desarrollo. La educación es efectivamente el medio clave para liberar a los pueblos de toda servidumbre y para hacerlos ascender “de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas,” teniendo en cuenta que el hombre es el responsable y el artífice de su éxito o de su fracaso” (*Enc. Populorum progressio, No. 15*). (IV, 3)

Los protagonistas en *El Evangelio de Lucas Gavilán* buscan desarrollar esa “educación liberadora” en su reflexionar y actuar. En una de sus intervenciones públicas, Jesucristo Gómez increpa una arenga fatalista de un sacerdote clamando resignación ante:

Las penas de la vida y para decirnos que allá en el cielo recibiremos la recompensa de su amor. Por eso, con una gran fe en Dios y en su madre santísima debemos aceptar las desgracias y tolerar nuestros sufrimientos confiados siempre en la promesa divina de esa vida perdurable que “el os vino a anunciar. (65)

Jesucristo Gómez vierte su interpretación del Evangelio. De su impugnación se desprende el mismo precepto liberador que refieren los *Documentos Finales de Medellín*: “Dios vino a proclamar la libertad a los cautivos, a dar la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos. Eso dice el Evangelio” (65-66). Así responde a las enseñanzas prejuiciadas del sacerdote.

Recurriendo a una réplica de un informe ficticio de estudiantes que quieren averiguar más sobre el activismo de los portadores de una nueva palabra, Leñero presenta las tareas que los *Documentos de Medellín* demandan de los cristianos:

Jesucristo Gómez inició su plática anunciando el pronto surgimiento de una sociedad de justicia ‘que hará felices a los que ahora son pobres, a los que ahora tienen hambre, a los que sufren marginación’. Dijo que todos los que luchan por la justicia deben sentirse orgullosos si por esa

causa sufren persecuciones, malos tratos, cárceles, represión. ‘Llegará el momento en que recibirán su recompensa con creces’, subrayó. (94)

En *El Evangelio de Lucas Gavilán* se insiste en la toma de conciencia, en ese cambio desde adentro de cada uno, en esa postura cristiana de hacer el bien sin mirar a quien, en esa educación liberadora que los *Documentos de Medellín* sugieren. En el simulado informe se describe a un Jesucristo afirmando: “quieran a sus enemigos, hagan el bien a quienes los odien, ayuden a quienes los maltraten.” En la búsqueda por esa educación liberadora, Jesucristo Gómez plantea que: “lo verdaderamente valioso es amar a los enemigos y hacer el bien sin esperar nada a cambio; ser generoso con los ingratos y amable con los perversos. Sólo así se alcanza la perfección” (94).

Liberar a los individuos de sus prejuicios y supersticiones, de sus complejos e inhibiciones, de sus fanatismos, de su sentido fatalista, de su incomprensión temerosa del mundo en que se vive, de su desconfianza y de su pasividad es tarea de los cristianos. Esos individuos que abundan en las obras analizadas se verían transformados con la propuesta de Jesucristo Gómez:

Lanzar un proyecto que los incluya a todos y los considere como parte de un proceso encaminado a transformar al hombre mismo y con él a toda la sociedad de manera que algún día ya no haya siquiera necesidad de gobiernos y la justicia sea total. (223)

La insistencia de hacer de los individuos-objetos, personas-sujetos de su propia historia se observa en *El Evangelio de Lucas Gavilán*, del mismo modo que se señala con claridad en los *Documentos de Medellín* y Gustavo Gutiérrez lo ratifica en su libro *Teología de la Liberación*:

La teología de la liberación está estrechamente ligada a esta nueva presencia de los que siempre estuvieron ausentes de nuestra historia. Ellos se han ido convirtiendo poco a poco en sujetos activos de su propio destino, iniciando un firme proceso que está cambiando al condición de los pobres y oprimidos de este mundo. (21)

El llamado a una nueva manera de ser de los individuos es presencia constante en las enseñanzas discursivas de Jesucristo Gómez. La imperiosa necesidad de un cambio en la persona se plasma en el siguiente diálogo con campesinos:

-Ustedes son muy listos para adivinar los fenómenos de la naturaleza, ¿no es cierto? Ven asomarse una nube o sienten el calambre de una reuma y luego luego dicen: se nos viene el temporal. [...] ¿Por qué si son tan listos para leer los signos de la naturaleza, no leen igual los signos de este tiempo? Aprendan a adelantarse y empiecen a aplicar la justicia entre ustedes mismos. (172)

Jesucristo Gómez y Gustavo Gutiérrez coinciden en el mismo discurso al interpretar la importancia de ese cambio de actitud que bien demandan también los *Documentos Finales de Medellín*; La reflexión como puntal básico en la educación liberadora se resume así en la Teología de la liberación:

La teología de la liberación (expresión del derecho de los pobres a pensar su fe) no es el resultado automático de esa situación y de sus avatares; es un intento de lectura de este signo de los tiempos –siguiendo la invitación de Juan XXIII y el Concilio- en la que se hace una reflexión crítica *a la luz* de la palabra de Dios. Ella nos debe llevar a discernir seriamente los valores y límites de este acontecimiento. (22)

CONCLUSIÓN

POR UNA IGLESIA PUEBLO DE DIOS EN LA NARRATIVA DE VICENTE LEÑERO

Leñero desarrolla en las novelas estudiadas un complejo mosaico social del México profundo, del México mayoritario, pero con frecuencia marginado. Así he encontrado que Vicente Leñero problematiza el pensamiento iberoamericano que desde su primer libro mira hacia los empobrecidos: los pobladores del medio rural, poseedores de una economía agrícola. Sin embargo, como pensador iberoamericano, como cristiano confeso, como pedagogo freiriano, no soslaya otras dimensiones del mundo que lo circunda. Ello se puede observar en su novela *Asesinato*, donde ilustra la actividad cristiana en la clase dirigente. A través de un recuento histórico, de una narrativa fragmentada de notas periodísticas y testimoniales, así como declaraciones judiciales, muestra el enmarañado social de la clase alta, una mezcla de los residuos ideológicos de la época colonial y de la clase alta moderna de la revolución mexicana. Así como en el cuento “Polvareda,” donde la miseria de un empobrecido como el papá y su familia cuya tierra se asemeja a “un petate grandísimo arrugado en las faldas de los cerros [...]”. Donde surgía la vida de su familia, “a lo lejos, una polvareda comenzaba a levantarse [...]”. Donde se enamoró “los huizaches extendían sus ramas parecidas a los brazos de Esteban” (9). Donde después de casarse y procrear hijos, “todo andaba mal.” Una vida desgraciada donde “sólo con el trago se me olvidaban las cosas y en el pueblo me sentía distinto. Ahí no me acordaba de ella ni de mis hijos.” Así mismo plasma el cuadro patético que proyectan las beatas en *Redil de ovejas* y *Los albañiles*, como el cuadro basado en un hecho real escandaloso ocurrido en la clase alta, novela llamada *Asesinato* que versa sobre un joven educado en la enseñanza

cristiana que “degolla a sus abuelos.” En tales obras se deja ver al profundo antropólogo, sociólogo, historiador, cronista, y activo escritor.

En las obras analizadas se observa la opresión en sus múltiples manifestaciones: sobre los campesinos, los indígenas, las mujeres en sus diferentes oficios y tareas, los niños pobres y ricos, los enfermos mentales y minusválidos, los obreros y los burócratas, los militares de bajo rango, inclusive los izquierdistas y los sacerdotes de bajo nivel sin soslayar los grandes políticos que siempre dependen del sistema presidencialista. Con una introspección y acercamiento a los muchos Méxicos que conforman el país, en su obra muestra una sociedad de opresores y oprimidos ahora sí, en sus múltiples manifestaciones. Sin embargo, Leñero no sólo ilustra con su narrativa la problemática sino que en su desarrollo como pensador llega a ser propositivo; en esta narrativa he descubierto que se acerca al pensamiento de Gutiérrez quien afirma en su *Teología de la liberación* que:

Sigue siendo claro y fundamental que no basta describir la realidad, es necesario referirse a lo que la produce; Medellín, Puebla, Juan Pablo II en las encíclicas *Laborem exercens* y la reciente *Sollicitudo sociales*, así como en otros textos, lo han hecho con fuerza. El análisis estructural ha sido un punto importante en el marco de la teología de la liberación. (25)

Mi enfoque no se ha ocupado en clasificar su novela histórica-social, ni en cuantificar los recursos literarios de que se sirve, ni en observar los experimentos literarios con lenguaje mexicano. Me inclino a apuntar hacia su espíritu universal. Las técnicas aumentan en número y crecen en calidad; los recursos son varios, y el manejo de ellos es siempre enriquecedor. Muchas veces se logra la meta, otras veces ni se acerca. Los mexicanismos y su gente son evidentes con lo que el pensamiento iberoamericano se robustece. Y Leñero es un buen intérprete ambivalente del intento de la conformación de la identidad mexicana, lo que lo convierte en un pensador universal.

Miguel Ángel Niño acierta cuando afirma que “la crítica contra la doctrina tradicionalista de la Iglesia es directa y explícita” (160); sin embargo, resulta incompleto tal enunciado ya que, como lo he planteado, es la Iglesia clerical el objeto de su crítica y la manipulación que de la fe ella misma hace, lo que se ve cuando Jesucristo Gómez rechaza la práctica religiosa costumbrista e individual en la novela *El Evangelio de Lucas Gavilán*:

En lugar de tanta rezadera, lo que Dios quiere de ustedes es que hagan algo contra esta pinche situación de injusticia, ¿no lo sienten? Y si su fe no les sirve para eso, olvídense; ya lo dice el Evangelio: si un árbol no da fruto, a la chingada. (50)

Si la religión es la práctica social religiosa que comulga un conglomerado, éste, junto con la jerarquía y las religiosas forman parte de la Iglesia en la que se reproduce y se recicla el pensamiento religioso. Partiendo de la idea de que la Iglesia se forma por las religiosas, clérigos y laicos, la crítica de Vicente Leñero apunta al clero que favorece y fortalece el binomio opresores-oprimidos entre los mismos feligreses. No es una crítica a la Iglesia ni a la religión cuyos fieles mantienen su fe, sino a la manipulación que de esa fe se realiza bajo esa relación de opresión entre los fieles. Una constancia que preocupa al pensamiento universal de Leñero cuyo espíritu cristiano le hace ver que los cristianos no viven en paz; una constancia que orilla a los cristianos a vivir en conflicto interno y con sus semejantes.

Leñero no critica la práctica religiosa popular sino la que se deriva de una interpretación dogmática, tradicional, y por la que no se comprende los signos de los tiempos. Pero su trabajo no queda en crítica cimarrona, sino en propuesta cuya base está muy bien fundamentada en los acuerdos de Medellín. La obra literaria de Leñero camina a la par con la propuesta de una nueva Iglesia, y bajo esta inspiración la esperanza yace en todos los que son y no son la Iglesia.

Concluyo que el eje de la obra analizada es el pensamiento iberoamericano cuya religión se debate entre actualizarse o regirse por los moldes medievales. Es decir, una religión ajustada

para vivir los signos de los tiempos o quedarse en los viejos tiempos. En esta obra literaria tanto aborda posturas pedagógicas expuestas en su narrativa como abunda en los hechos históricos así como en las circunstancias que obstaculizan y retrasan el desarrollo del individuo. Con sus personajes deambulando en la vida bajo una práctica cristiana manipulada, intenta prevenir del peligro de deshumanizarse. Por igual, en la abstracción de la práctica de la fe que realiza Gustavo Gutiérrez, se enfatiza la opción por quienes los cristianos deben repensar su fe cristiana:

Pueblos dominados, clases sociales explotadas, razas despreciadas y culturas marginadas fue una fórmula frecuente -a la que se sumó una permanente referencia a la discriminación de la mujer- para hablar de la injusta situación de los pobres en el marco de la teología de la liberación.
(22)

Concuerdo con la tesis de Miguel Ángel Niño cuando afirma que “en los cuentos, la vida de los campesinos y los cambios ocasionados por el progreso se traducen en la formación de una sociedad polarizada que se funda en la dualidad estructural del campo y la ciudad” (31). No obstante, soslaya mencionar la migración del campo a la ciudad, lo que Leñero parece resaltar para comprender el grado de desarrollo de una identidad iberoamericana. Discrepo cuando sostiene que “el autor describe la religión basada en la superstición y la magia, la religión sofocante y tradicionalista o la religión de un intelectual rebelde” (161). Ante ello, sugiero que Leñero describe la lucha de dos creencias religiosas y cómo una se yuxtapone a la otra sin que ésta desaparezca. Considero errático asegurar que en la obra de Leñero, “la religión [...] está descrita como algo vivido que surge a veces como una fuerza negativa que desintegra la personalidad del individuo” (160), aunque coincido con Niño cuando afirma que “el mundo narrativo de Leñero está poblado de personajes ansiosos, frustrados, rebeldes y neuróticos” (161). Como lo he explicado, es la religiosidad represora, religiosidad manipulada como fuerza negativa la que coadyuva, junto con las circunstancias socioeconómicas, a crear “fuerza[s]

negativa[s] que desintegra[n] la personalidad del individuo,” individuos deshumanizados.

Gutiérrez en su *Teología de la liberación* lo resume en su siguiente enunciado:

Se trata en realidad de un verdadero universo en el que el aspecto socioeconómico con ser fundamental no es único. La pobreza significa, en última instancia, muerte. Carencia de alimento y de techo, imposibilidad de atender debidamente a necesidades de salud y educación, explotación del trabajo, desempleo permanente, falta de respeto a la dignidad humana e injustas limitaciones a la libertad personal en los campos de la expresión, lo político y lo religioso, sufrimiento diario. (22)

En la obra de Leñero se ve el intento de un escritor comprometido con la fe cristiana pero aún más con el mundo que lo circunda. Su papel de testigo y crítico de la sociedad mexicana, crítico de una realidad social asociada a valores cristianos y no cristianos lo conduce a subordinar su obra literaria a las relaciones humanas de opresión. Por ello, más allá de sólo ser un pensador católico iberoamericano: Leñero es un filósofo universal.

BIBLIOGRAFÍA DE OBRAS CITADAS:

Anderson, Danny. *Vicente Leñero el novelista como crítico*. New York; Peter Lang Publishing, Inc. 1989

Bartra, Roger. *La democracia ausente*. México: Grijalbo, 1986.

Chávez, G. José. "Vicente Leñero y la novela testimonial mexicana." *Revista Katharsis*. 2003. 7/27/2004

---"Vicente Leñero y su obra literaria." *Revista Katharsis*. 2003. 7/27/2004

---"Testimonio latinoamericano." *Revista Katharsis*. 2003. 7/27/2004

http://www.revistakatharsis.com/ensayos1/elit1_index.htm

Conferencia Episcopal. *Documentos finales de Medellín*. 1968. 18 de febrero 2005

<http://www.ensayistas.org/critica/liberacion/medellin/>

Gómez-Martínez, José Luis. "Contextualización de la teología de la liberación en la narrativa iberoamericana." *Proyecto Ensayo Hispánico*, 1996. 18 Feb. 2005.

<http://www.ensayistas.org/critica/liberacion/gomezlib.htm>

González Casanova, Pablo. *La democracia en México*. México: Era, 1965.

Gutiérrez, Gustavo. *Teología de la liberación*. Salamanca: Sígueme, 1999.

Leñero, Vicente. *Los periodistas*. México: Planeta, 1978.

---. *El Evangelio de Lucas Gavilán*. Barcelona: Seix Barral, 1979.

---. *Redil de ovejas*. México: Joaquín Mortiz, 1973.

---. *Los albañiles*. Barcelona: Seix Barral, 1971.

---. *Asesinato*. México: Grijalbo, 2003.

---. *Puros cuentos*. México: Mexicanos Unidos, 1986.

---. "la polvareda." 1959. *Puros cuentos*. México: Mexicanos Unidos, 1986.

---. "Camino de tierra." 1959. *Puros cuentos*. México: Mexicanos Unidos, 1986.

---. "Rabia." 1959. *Puros cuentos*. México: Mexicanos Unidos, 1986.

---. "El castigo." 1959. *Puros cuentos*. México: Mexicanos Unidos, 1986.

---. "Lástima." 1961-1962. *Puros cuentos*. México: Mexicanos Unidos, 1986.

---. *El Padre Amaro*. México, D.F.: Grijalbo, S.A. de C.V., 2003.

McMurray, George. "Current Trends in the Mexican Novel." *Hispania*. Vol.51, No.3 (sept., 1968), June, 17 2004. <http://www.jstor.org>

Niño, Miguel Ángel. *Religión y sociedad en la obra de Vicente Leñero*, diss., Michigan State University, 1977, (Michigan: 1977) abstract.

Paoli, José Francisco. *Yucatán y los orígenes del nuevo estado mexicano*. México: Era, 1984.

Reina, Leticia. *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*. México: Siglo XXI, 1980.

Tamayo, Joaquín. "Charla con un testigo de excepción: Vicente Leñero." La revista peninsular. 15 de octubre de 1999. 7/27/2004 <http://www.larevista.com.mx/ed521/5217.htm>

Zea Leopoldo. "América como conciencia." México: UNAM, 1972. *Proyecto Ensayo Hispánico*, 1996. 18 Feb. 2005. <http://ensayo.rom.uga.edu/filosofos/mexico/zea.bibliografia>